



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce. Sra. Avellaneda. Sres. Asquerino, Aunon (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnao, Ayala, Alonso (J.B.) Araquistain, Anchorena, Albus, Ardanaz, Ariza, Antonio Guerra y Alarcón, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (Marqués de), Bocerra, Benavides, Bona, Borao, Borrogo, Bueno, Bremon, Brion de los Herreros (Manuel), Blasco, Burrell, Burago, Calco Asensio (D. Pedro), Campomanor, Camús, Casaleja, Cañete, Cardozo, Castelar, Castro y Blanco, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Chiste (conde de), Collado, Covina, Corral, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Comenge, Cañamaque, Calcaño, Ducarrete, Diaz (José María), Diaz Perez, Duran, Dague de Riva Echevarria, (J. A.) Espin y Guillen, Estrada, Echegaray, Epuitaz, Escosca, Estrella, Eulata, Fabiá, Ferrer del Río Fernandez y Gonzalez Fernandez Guerra, Fernandez de los Ríos, Fermin, Toro, Flores, Figueroa Figuerola, Augusto Suarez de), Garcia Gutierrez, Gustavo Baz, Gayangos, Galdes de Molina (D. Javier), Graells, Jimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Gual y Rente, Guelbenzu, Guerrer, Incenga, Harzenbusch, Iriarte, Janer, Jaumeandreu, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezana, Lucas Mallada, Lopez Guizarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Machato y Alvarez, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Medina (D. Tristan), Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Malagarriga, Ochoa, Olavarría, Olavarría y Huarte, Orcaz, Ortiz de Pinedo, Oldazaga, Pompillo Gener, Palacio, Pasaron y Lastra, Pasual (D. Agustín) Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poyo, Reinoso, Retes, Revilla, Rios Rosas, Rivera, Riera, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Anulera, Sagarmínaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar, Solís, Tamayo, Tubino, Tintero, Villos, Volera, Velez de Medra no Vega, Venturá de), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla, Sanjuan (D. Ramon de), Cemborain y España, (D. Eugenio), A. Costa (D. Juan), Ribot y Fontere, R. Ortiz y Beneyto

PRECIO DE SUSCRICION
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—
 Ultramar: 12 pesetas fuertes oro por año.
PRECIO DE LOS ANUNCIOS
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs.
 Sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 14 de Abril de 1886

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Móvil, letras o sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.
 Administración y redacción: Valverde 2, primero

SUMARIO

Revista política, por Raguer.—Las pirámides de Egipto, por Nicolás Díaz y Pérez.—Perfiles y Siluetas, por R. Ginard de la Rosa.—La libertad moral, por Facundo de los Ríos y Portilla.—Don Quijote y Sancho Panza, por Eduardo Bustillo.—Siluetas políticas, por Antonio Guerra y Alarcón.—En el aniversario de Cervantes, por Leopoldo Cano.—Bellas artes, por José de Siles.—A Cervantes, por Evaristo Lilió.—Las manchas del Sol, por Nicolás Díaz y Pérez.—Cervantes, por Ventura de la Vega.—Anales de la Asociación Taquigráfica, por ***. Revista de Madrid, por Antonio Guerra y Alarcón.—Anuncios.

REVISTA POLÍTICA

El tratado anglo español.—Un nuevo libro.—Ministerio de Comercio y Navegación.—Miguel Charnes.

Las palabras de Mr. Magniac en la Cámara de los Comunes, han sido causa de que la prensa inglesa discuta ampliamente las mutuas concesiones de Inglaterra y España, que podrían servir de base para la ultimación del pacto mercantil, tantas veces proyectado.

En el concepto de Magniac, la Hacienda inglesa no puede restaurarse sino reduciendo los gastos y fomentando el comercio. Lo primero depende del esfuerzo de todos dentro de la nación; lo segundo hay que buscarlo fuera, y consiste, principalmente, en abrir las puertas del mercado español, á cambio de una reforma en la escala alcohólica, vigente hoy, que dificulta la importación de nuestros vinos.

Que el terreno está preparado suficientemente para llegar á un acuerdo, aún en la misma Inglaterra, lo demuestra bien claro el hecho significativo de escucharse aplausos en todos los lados de la Cámara cuando Magniac pedía el envío directo de las mercancías británicas á España y la remisión á Inglaterra sin intermediario de los productos de procedencia española.

Ahora parece ser que la dificultad para lle-

gar á un acuerdo en las negociaciones reanudadas por el Sr. Moret, consisten en el número de grados Sykes que ha de conceder Inglaterra á España para que sus vinos adeuden solo un chelín, y la duración del tratado.

La Gran Bretaña parece hallarse dispuesta á fijar el mencionado gravamen por gallón sobre los vinos que no pasen de los 30 grados, accediendo así á lo solicitado por España; pero en cambio no se contenta con nuestras concesiones, que parecen consistir en las contenidas en el *modus vivendi* del Sr. Ruiz Gomez y en el trato de nación más favorecida á las importaciones inglesas hasta 1.º de Julio de 1888.

El actual Gabinete inglés, de cuyas ideas liberales nadie puede dudar, teniendo á su frente al insigne Gladstone, no se conforma, según nuestras noticias, con la duración que España quiere dar al tratado, y reclama el trato de nación más favorecida hasta 1892, época en que espirará el tratado de comercio con Francia, y hasta la cual se prorogarán los hoy existentes con Alemania y Bélgica, según ha prometido el gobierno español.

El Sr. Moret sabe muy bien que las pretensiones del gobierno inglés son muy justas, y debe acceder á ellas si no logra obtener mayores ventajas en la negociación que sigue, porque para España el tratado es más importante que para Inglaterra, pues ésta podrá privarse de un mercado valioso, pero aquella cierra las puertas del primero del mundo, y pierde, si no se llega á un acuerdo, el centro natural de consumo de su más preciado producto.

Con sólo obtener de Inglaterra la concesión de los 30 grados Sykes, debe bastar al gobierno español para suscribir un tratado con la Gran Bretaña, porque habiéndose demostrado en la Exposición vinícola de Londres de 1874

y en la Exposición vinícola que después se celebró en Madrid, con los ensayos de la Dirección general de Aduanas hechos *ad hoc* durante cinco años y con los análisis vistos practicar por la comisión parlamentaria inglesa de 1879, que la mayoría de los vinos tintos y blancos de nuestro país no encabezados con alcohol, se hallan comprendidos entre los 26 y 30 grados, los vinicultores españoles pueden llevar ya directamente sus caldos á los mercados ingleses sin necesidad de tener por intermediarios á los manipuladores de la vecina República, que se aprovechan á maravilla de las anormales relaciones mercantiles que existen entre la primer potencia marítima del siglo y la primera de otras centurias.

Acuérdese el Sr. Moret de que el sistema de la reciprocidad y la primera columna no sirve más que para producir males sin cuento; tenga presente que nuestra conducta no debe ajustarse á la de los demás, para plantear las reformas que nos convengan ó pactar las que juzguemos provechosas, y ultime lo antes posible un tratado que nos será altamente beneficioso, pues contribuirá al desarrollo de nuestro comercio exterior y al progreso de nuestras industrias, haciendo realizable á la par el ideal de los hacendistas, la anhelada nivelación de los presupuestos del Estado.

La famosa pastoral del arzobispo de Burdeos, monseñor Guilbert, gallardamente traducida por nuestro compañero en la prensa D. Eloy Perillan Buxó, director de *El Tribuno*, y un precioso prólogo de D. Emilio Castelar, forman un elegante tomo, esmeradamente impreso, que acaba de publicarse.

La pastoral del prelado bordelés es una de las más felices tentativas de aproximación de la Iglesia al espíritu de nuestro tiempo, tan

profundamente democrático; viene á ser como continuación de la generosa obra emprendida por Montalembert y Lacordaire en Francia, por el mismo Balme en España, que creyeron factible un intento de reconciliación entre la sociedad y la Iglesia; la obra de aquellos católicos liberales fracasó, porque gobernaba la Iglesia el intransigente Pío IX. ¿Cabría igual suerte á este nuevo intento, ó por el contrario, ha de dar alguna esperanza ver que le ampara un Papa de espíritu más abierto?

El Sr. Castelar, llevado de un optimismo no muy lógico, aunque sea consolador, se inclina desde luego á creer todavía posible la reconciliación. Y lo dice en párrafos tan hermosos, que no vacilamos en copiar aquellos que se refieren á las consecuencias de la caída del poder temporal.

Así dice:

«Yo creo que la destrucción del poder temporal ha destruido las tendencias reaccionarias en el Pontificado. Desde que no pertenece á los reyes el Pontífice, ha de pertenecer por necesidad á los tribunos. Poco esfuerzo habría de costarnos la demostración palpable de cómo ha pesado el poder temporal sobre las fuerzas espirituales de los Pontífices en las principales crisis de su historia. No advierten éstos la revolución religiosa, empeñados como están todos en constituir su monarquía civil y absoluta, ya por guerras cruentas como las de Julio II, ya por intrigas palaciegas como las de Alejandro VI.

El séptimo Clemente subordina los intereses mayores de la Religión á sus dispendios con el gran Emperador y á nepotismo en pro de los Médicis. Un Papa como el Papa Carafra, se desaviene de un rey como Felipe II, tan sólo por el feudo temporal de Nápoles. Pontífice Máximo se ha visto deteniendo las legiones católicas en la guerra de los Treinta Años, y alentando á las legiones luteranas al impulso de interesados móviles políticos. El pedazo de tierra interpuesto entre el hombre y el cielo en la Roma pontificia, mil veces eclipsó totalmente aquel poder espiritual tan grande, como la misera luna interpuesta entre la tierra y el sol roba temporalmente á éste su luz y trueca en triste noche verdadera el día.

La política impidió que Juan XXIII se subrogara y sometiera, en su tiempo, al espíritu salvador ó dominante por aquella razón sobre los Padres de Constanza; la política y las ambiciones mundanas movieron al Papa Eugenio IV á desconocer el Concilio de Basilea y oponerle con pésimo acuerdo los Concilios de Ferrara y de Florencia; la política sopló en los oídos de Alejandro VI aquella infernal sugestión de inmolar al mártir Savonarola, y la política frustró en el ánimo de León X las reconciliaciones propuestas por la grande Asamblea de Letran entre las ideas del Evangelio, invocadas entonces por todos, y los cánones, y el gobierno de la Iglesia.

Transigiendo en aquellos creadores días del siglo décimosexto, la Revolución luterana fuera una reforma y no una protesta; la Iglesia fuera la unidad espiritual del mundo moderno, y no la unidad espiritual de solo el mundo latino; el Pontificado, la presidencia de iglesias autónomas, y no la cabeza de un Estado absoluto; el Renacimiento, la hermosura plástica, imposibilitada de caer en las formas rusas del paganismo muerto; y esas tres grandes naciones tan religiosas de suyo, Alemania, Inglaterra, los Estados Unidos, tres matices de la misma luz, que hubieran cumplido todas sus libertades sin desavenirse de sus tradiciones; y el espíritu moderno, libre, científico, republicano, sin dejar de ser espiritualista, se hubiera encarnado de esta suerte maravillosa en una sociedad, que resultaría puro reflejo del alma, como el alma misma puro reflejo de Dios.

Desengáñese la Iglesia, no queda en el mundo ya espacio para una teocracia. Por eso creemos nosotros que, al perder el Pontificado la forma teocrática recibida de su poder temporal, se ha trasfigurado espiritualmente, y ha crecido en poder moral y en autoridad religiosa. Y este desligue de las cosas que le ataban

al mundo, hále permitido mirar al espíritu del siglo y reconocer lo que hasta ahora no había visto: que ha roto el tormento, abrogado la esclavitud, extinguido el fuego de la Inquisición, puesto en fuga los sayones crucificados de la humanidad, que ha hecho tan progresiva transformación al espíritu cristiano, diluido en los aires, á veces tempestuosos y huracanados, pero siempre renovadores y puros de la revolución universal.»

Desde que en el Congreso de Geografía comercial, celebrado en 1883, se emitió la idea de crear en nuestra patria un ministerio de Comercio y Navegación, á semejanza de los existentes en las principales naciones europeas, no han cesado las clases mercantiles de excitar al gobierno para que no se perdiese en el olvido su plausible pensamiento.

Unas veces, las ligas de contribuyentes en sus modestas reuniones; otras, las sociedades económicas y comerciales de nuestras más ricas provincias; algunas, los navieros y consignatarios; muchas, la prensa periódica; ahora es la comisión permanente de fomento y defensa del comercio vizcaíno, la que, aprovechando los buenos deseos del presidente del Consejo de ministros, se dirige al Sr. Sagasta para pedirle, que al dividirse en dos ministerios como está proyectado el llamado hoy de Fomento, se forme uno especial de Comercio y Navegación que abarque los asuntos relacionados con la industria, la agricultura y la marina mercante.

Dirán los adversarios de tal idea, que las cuestiones mercantiles no son exclusivas de un departamento ministerial, hecho que todos reconocemos; dirán aún con mayor razón que, saldando los presupuestos con déficit, no debe pensarse en aumentar los gastos con la creación de un nuevo Ministerio; pero á poco que reflexionen, comprenderán, respecto al primer punto, que los servicios quedarían mejor organizados porque la acción de los demás Ministerios en asuntos marítimo-comerciales, una vez creado el de Comercio y Navegación, sería puramente complementario, y respecto al segundo, que lo necesario es reconocer la conveniencia y justicia del proyecto, siendo cuestión de detalle que se cree en 1886 ó en 1887, si bien debe fijarse la época en que haya de organizarse, á fin de que el pensamiento pase de las esferas ideales á las regiones de la práctica.

..

Acaba de morir en París uno de los más brillantes periodistas franceses: llamábase Gabriel Charmes, y era hermano de uno de los más altos funcionarios del ministerio de Estado de Francia.

Discípulo de Thiers, amigo de Gambetta, entró por recomendación de León Say en *Le Journal des Debats*, donde pronto se conquistó uno de los primeros puestos, gracias á su talento y á su laboriosidad. Era un verdadero periodista. Poseía esa facultad de asimilación, sin la cual es imposible abrirse camino en el periodismo moderno.

Polemista ardiente, tomó una gran parte en la campaña gloriosa de la prensa republicana contra Mac-Mahon cuando el 16 de Mayo. Entonces hubo quien, por la facilidad con que manejaba la ironía, le comparó con Prevost-Paradol.

A pesar de la universalidad de sus conocimientos, Gabriel Charmes se había hecho notar principalmente por el cuidado con que seguía las cuestiones coloniales y las de la reorganización de la marina de guerra.

A su empuje se debe en gran parte la actitud tomada por Francia en el Mediterráneo, así como puede afirmarse que son sus escritos los que han decidido á la opinión pública á dar su aprobación á los que piden para Francia una gran escuadra de torpederos.

Gabriel Charmes tenía unos treinta y cinco años. «Otros han luchado por la República, dice Reinach, en un artículo necrológico, porque respondía al ideal que habían concebido desde su primera juventud, y porque esta forma de gobierno le parecía teóricamente la

mejor; Gabriel Charmes ha defendido durante más de diez años la causa republicana, porque su patriotismo veía en la República el solo gobierno que pudiera asegurar en el interior las libertades necesarias después de un régimen de despotismo, y el exterior el levantamiento de la patria, después de abrumadoras derrotas.»

RAGUER.

LAS PIRÁMIDES DE EGIPTO

Muchos han oído hablar de las pirámides; pero pocos saben lo que son en sí estos preciosos restos arqueológicos y cuánto aún valen para la historia del arte.

Las pirámides son unos monumentos gigantescos, situados en Egipto y en la Nubia.

Los más notables, al decir de M. Hogges, se encuentran en una llanura arenosa al SO. del Cairo, formando grupos, uno de tres y otro de once pirámides; la principal tiene 816 pies de frente en la base de cada costado, y la cúspide se ha convertido totalmente en una grandiosa explanada, á donde han subido muchos curiosos é ilustrados viajeros.

Es sorprendente el panorama que presentan aquellos despojos de la civilización pagana, y parece increíble que toda aquella gran obra sea construcción de los años 1200 antes de Jesucristo. Sólo se acierta á creer teniendo noticias de aquellos tiempos, en que el Egipto, la Siria, la Fenicia y aun la Judea, eran los países más ilustrados de la tierra, y sus conocimientos artísticos y científicos comenzaban á propagarse é introducirse en la Grecia, donde la poesía contribuyó luego á instruir á los hombres, desenvolviéndoles sublimes ideas por medio del encanto de la armonía.

Una idea de lo que era el Egipto, da Herodoto, aquel célebre historiador griego de Halicarnaso, donde había nacido en 480 antes de Jesucristo. El sabio griego viajó por todo el Egipto y el Asia, adquiriendo gran celebridad en el pueblo, tanto que destronó al tirano Ligdamis que oprimía á su patria, y habiéndole pagado con la mayor ingratitud sus conciudadanos, se desterró voluntariamente, dedicándose á escribir su célebre historia, que leyó en los juegos Olímpicos, causando la admiración del pueblo los capítulos de aquel libro, pues los atenienses votaron en su favor una recompensa de diez talentos, equivalentes á unos 600.000 reales.

Por la *Historia de Egipto* que nos legó Herodoto, sabemos lo precioso que será contemplar las ruinas de Tebas y los restos de las pirámides, en esos momentos misteriosos de los crepúsculos. Entonces, al ojo de un curioso viajero, se aparece una larga calle, compuesta de 2.000 ciudades colosales, y en la cual el Nilo es su dulce arroyuelo desde Elefantina hasta la provincia de las Rosas, esa graciosa y fragante Arsinoé á que nosotros llamamos ni más ni menos que Taion.

El mismo Herodoto vió esa calle en sus tranquilas exhumaciones fantásticas; esa calle, que no era otra cosa sino el mismo Egipto, viejo como los siglos, y cortado hoy á pedazos sobre las orillas de su río siempre joven; pero la gracia de todo ello, la virtud mágica del miraje, lo reúne indudablemente, y de vez en cuando, por los secretos de un prisma desconocido á los físicos; y cuando este prodigio se efectúa, cree uno mismo asistir á la resurrección completa de aquel imperio, como si las mil y mil catacumbas volviesen á las ciudades del Nilo una multitud de mómias, más numerosas que los granos de arena del Océano y del Mediterráneo, ó como si en las aguas del Eufrates se edificara la Babilonia de Nembrod, y su torre se observará por cima de tantos miles de edificios. Y así vió Herodoto en Egipto las interminables procesiones de Isis y de Osiris, desfilando por la entrada de los esfinges bajo la columnata del templo grandioso de Luxor, más grande y maravilloso que el de Jerusalén, y las ondas agitadas de la multitud bajo los arcos de las cien partes de Tebas, más hermosos que los arcos de trofeo que levantaba

en Mérida para Trajano; y admiró los sacrificios de Anubis en el santuario de oro y azul del templo de Hermes, y los grupos astronómicos que descienden á la bóveda de Tentyris; y hasta apercibió el olor de la mirra que se quemaba en los altares.

Pero al decir de Herodoto, el más maravilloso de todos estos cuadros pomposos y antiguos, así exhumados por la descomposición de los rayos solares, es el que presenta el laberinto del lago Muris, de cuyo horizonte se distingue con facilidad asimismo, las dos pirámides de 600 pies de altura, coronadas por las estatuas de bronce doradas, que el mismo Herodoto llegó á ver, y fueron tragadas, al decir de Estrabón, por las profundas aguas del lago.

Y despues de estos antiguos historiadores, otros modernos viajeros han dirigido sus investigaciones hacia las pirámides de Egipto, pero ninguno ha llegado en estos días á donde alcanzó Belzoni, viajero y anticuario italiano de últimos del siglo XVIII. y el cual descubrió la segunda pirámide, publicando una obra sobre las ruinas del Egipto y sobre el curso del Nilo, desde el Takase hasta el mar, olvidándose, sin embargo, á la provincia de Meroes, que, según Herodoto, fué la cuna de los giprososofistas, y que tiene el privilegio de haber conservado, sobre las espigas de sus higueras chumbas, el escarabajo sagrado, tan querido de los sacerdotes de Isis.

Pero, volviendo á nuestras pirámides, observamos que las injurias del tiempo no las han perdido.

Ni las guerras continuadas que han devorado al Egipto tantas y tantas veces, las han destruido.

Ni la mano del hombre, que destruyó á Corinto y á Macedonia, como á la Roma de los Césares, nada ha hecho hasta aquí contra estas pirámides, cuya solidez y magnificencia las garantizan por sí solas de todo ataque.

Así es que todo, los siglos, las guerras y los hombres, parece asegurarles una fabulosa duración; parece como que respetan esos restos, para que se trasmitan hasta la consumación de los siglos, en que nuestros últimos hijos puedan exclamar con admiración: ¡Esta es la obra de nuestros primeros padres!

Y envueltos en tales misterios históricos los restos del Egipto, todos los viajeros hablan con pasmoso entusiasmo de estas montañas, obras del arte, que se destacan á su vista desde diez y ocho leguas de distancia, alejándose aparentemente á manera que uno se acerca, y dominándole, ya á una legua de distancia sobre la cabeza, como si se estuviera á su pie. Nadie, ni el mismo Herodoto, puede, según él mismo, explicar la variedad de impresiones que se experimentan cuando se las toca; las inscripciones, los jeroglíficos y logográficos que están dibujados en todas sus frentes, la elevación de sus cúspides, que parecen tocar al cielo; la rapidez de sus declives, el perímetro de su superficie, la mole inmensa de sus cimientos, la memoria de los tiempos que recuerdan, el cálculo del trabajo que costaron, la idea de que esas inmensas rocas son obra del hombre, de ese pigmeo que las contempla absorto á sus pies, revolviendo el tabaco de la pipa, con la cabeza cargada y el discurrir triste, todo, todo embarga á la vez, el corazón del ignorante y el espíritu del sabio filósofo, llenando de asombro, de terror, de respeto, de miedo, y hasta de humillación, porque asombro, terror, respeto, miedo y humillación infunde en el ánimo del hombre la contemplación de una obra tan grande, tan sublime, tan gigantesca como lo es en sí las pirámides de Egipto.

Pero de pronto, mil ideas pasan por la mente del filósofo ante maravillas, y entonces, preciso es confesarlo, otro sentimiento sucede á este primer transporte: el de la justicia, el de la realidad. Y cuando despues de haber formado tan gran concepto del valor del hombre, se medita sobre el objeto en que ha sido empleado, no se puede menos de dirigir sobre su obra una mirada de tristeza, porque en verdad que á todo sensato, la construcción de una tumba vana ha costado á una nación grandiosa treinta años

de angustiosas fatigas y más de veinte mil talentos.

.....
¡Qué locura tan ridícula! Y ¡qué multitud de injustas vejaciones debieron producir los impuestos onerosos y la adquisición de transportes de semejantes materiales! ¡Cuánto dinero para sepultar á unos miserables déspotas!

Ciertamente que, considerado despacio, no es posible recorrer los monumentos del Egipto sin indignarse contra la extravagancia de los déspotas que, con un valor inusitado, acometieron tan bárbaras empresas.

Aquellos torreones, aquellos laberintos, aquellos templos, aquellas pirámides, aquellos arcos con su maciza estructura, atestiguan más y más la servidumbre de una raza, de una nación, de un pueblo atormentado por el peso de las cadenas, y tiranizado por los caprichos poco nobles de sus mandarines, siempre soberbios; y desmintiendo al par, que los egipcios fuesen un pueblo, como nos cuenta Estrabón, inspirado por el genio, cubierto de opulencia y amigo de las artes sobre todo.

Así es que aquellas ruinas inspiran menos lástima, porque, considerando un poco, se perdona á la avaricia que, violando sus tumbas, ha frustrado su esperanza, y mientras que el hombre, amante de las artes, se conduele de ver arrasarse en Alejandria las columnas de los palacios, que en otros tiempos fueron opulentos alcázares de los más poderosos señores, para hacer muelas de molino, el filósofo, tras la primera emoción que naturalmente causa la pérdida de alguna cosa notable, reconoce la justicia secreta de la suerte, que, devolviendo al pueblo el fruto de tantas penas, somete el orgullo de un lujo inútil á sus más humildes necesidades.

¡Siempre fué así la humanidad!

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

AL PUEBLO

Pueblo: conjunto imponente de grandezas y de gloria, que vas dejando en la historia rastro profundo y ardiente, con tu lema prepotente que es—«trabajar por vivir»— se vé á los necios huir como legión de vestigios, y los honrados subir por las cumbres de los siglos.

Salud ¡oh pueblo! El poder de la vida en tí reside y ¡ay! de aquel que no te pide; si á mas te logra ofender, su tormento le hará ver lo inmenso de tu grandeza; que en tí la costumbre empieza y en tí el derecho se muda, y al escarnino y á la duda los hundos con tu fiereza.

Rey serás: la humana grey por tí en la tierra camina, todo á tu paso se inclina, y más fuerte que la ley, al sentir de la rutina el acicate iracundo, se levanta en lo profundo de tu mente el ideal y arremolinan el mal y das el progreso al mundo.

¿Y quien eres? El que vive, el que enseña y el que escucha; el que piensa y el que escribe; el que trabaja, el que lucha; el que en el alma recibe pasión, entusiasmo, anhelo; el que va buscando el cielo gloria cantando á la vida; el que nunca ve perdida la esperanza, ni el consuelo.

Ese es el pueblo; el que alienta huyendo de la doblez

y sin hablar de honradez en el alma la sustenta: el que tiene por afrenta deber su dicha al favor y despreciando el honor que presta el oro y la raza, con el trabajo se abraza para salir vencedor.

Ese es el pueblo; el que mira impávido su destino, y no le arredra el camino, y hasta en su llanto se inspira: el que domando la ira se levanta justiciero, para conquistar el fuero que ley de razón reclama, siendo el último en la fama y en el morir el primero.

Ese es el pueblo; en sufrir heroico, y firme en querer, indomable al combatir, y generoso al vencer; apasionado en querer, surge la afrenta al vengar y cuando llega á lograr la justicia á su derecho ya no consiente en su pecho otro afán que perdonar.

Aunque en su vida lo vea, hacia Dios se precipita, y en su corazón palpita lo que siente, lo que crea, esa llama de la idea, que sobre abrojos luciendo, va el porvenir extendiendo delante de nuestros ojos, que nunca ven los abrojos por seguir la llama viendo.

Ese es el pueblo; en sus lares crece el héroe y el poeta, el libre, el sábio, el atleta que vence en tierras y mares; el que adora en los altares del valor y de la ciencia á la excelsa Providencia, cuya infinita bondad esparce la libertad sobre la humana conciencia.

Ese es el pueblo; ¡Infelice! del pobre ser descreído que se levanta engreído y lo insulta ó lo maldice! Nada en su defensa dice, y sufre, y consiente, y calla, pero llega un fin y estalla con formidable clamor, y ¡ni el polvo del traidor en los palenques se halla!

Sobervias y esceptisimo; envidias y vanidades; superstición. liviandades, y avaricias, y egoismo, legión de torpes maldades hundir al pueblo es su afán, y cuando piensa que están las muchedumbres vencidas raedan ellas confundidas y á los abismos se van.

Que el pueblo tan solo adora lo real, lo grande, lo bello, todo lo inmortal, aquello que ni domina ni llora; lo que en virtud atesora para avanzar conquistando; lo que vive consagrando á la justicia en la tierra; ¡todo cuanto el alma encierra para seguir mejorando!

Y aunque en marasmo dormido con torpezas se encadene, así que conciencia tiene del daño que lo han traído,

recuperando el sentido sublime que lo aconseja, del villano error se aleja deshaciendo entre sus manos á todos los que villanos fueron causa de su queja.

¡Y surge el pueblo! ¡indomable como el mar, como él grandioso, sin un punto de reposo como él; como él insondable! ¡Todo á su fuerza le es dable bajo el sol que nos alumbra! ¡El nos hunde, ó nos encumbra y árbitro de vida y muerte el pueblo, como el mar, vierte de lo eterno la penumbra.

¡Santuarios que se elevan para el acento de Dios; sus ecos guardan los dos, los dos su grandeza prueban; ruedan los tiempos se llevan las razas y los estados, y el mar, y el pueblo, enlazados con el alma universal, siguen su ruta inmortal por los siglos consagrados!

Salud ¡oh pueblo! ¡arbol de los cielos de la vida, ¡esa antorcha desprendida de entre las llamas del sol! En el ardiente crisol de las múltiples edades van dejando tus bondades la belleza y la verdad, y por tí la eternidad se puebla de humanidades!

Con los acentos mejores del poético cantar, consiguieron ensalzar tus glorias los trovadores; á tan mágicos primores vaya unida mi canción; sus pobres ecos no son dignos de tanta grandeza, pero tienen la nobleza de salir del corazón.

ROSARIO DE ACUÑA

PERFILES Y SILUETAS

MARIA BUSCHENTAL

Siguieron frecuentando su casa sus antiguas relaciones. Conspirase de nuevo en torno de ella, pero ya entonces la dulce joven, amargada por los infortunios y azotada por las tempestades políticas, fijaba ávidamente la atención en aquellas siniestras tramas, en las que se interesaba por haber sido una de sus víctimas.

Ya de antiguo se había establecido viva y espontánea simpatía entre la reina Isabel y María Buschental. Ambas jóvenes, ambas á la cabeza de la sociedad femenil española: la una por su corona, la otra por su hermosa, hubieran creado lazos de tierna amistad, á no haberse obstinado María en negarse á pisar el Palacio real.

La reina Isabel, presa en la dorada jaula de los deberes cortesanos y en medio de la atmósfera caliginosa y artificial de la corte, buscaba con instintivo afán á la joven María, á la manera que un pulmón abrasado por el aire de un horno, busca el ambiente libre y puro de los campos.

Veíanse poco ambas amigas, y no porque Isabel fuese antipática á María, sino porque se había propuesto no formar en las filas cortesanas. Sin embargo, algunas entrevistas secretas, una fuga de ambas reinas á un baile de máscaras, durante la cual, toda corte se conmovió profundamente, hicieron temer á Narvaez que María ejerciese en contra suya el poder que sobre Isabel se había conquistado sin pretenderlo.

Narvaez, que entonces luchaba dentro de Palacio con la influencia de la reina Cristina, pensó en atraer á María, su bando y contrarrestar con ella las intrigas de la Reina madre. Aunque había arruinado á su marido, no vaciló en visitar y humillarse á la esposa; pero de esta aproximación del jefe de la reacción y de las miserables tramas cortesanas, resultó para María un sentimiento de repulsión y de hastío, que la alejó para siempre de la corte. Quizá la influencia de María hubiese cambiado el destino de Isabel de Borbón, mal aconsejada en su juventud y para siempre ligada á la causa reaccionaria. Se encontraron ambas mujeres en su camino, se arrojaron la una en brazos de la otra, con impremeditada expansión de afecto; pero los Borbones estaban condenados, y no era María Buschental la llamada á detenerlos en el camino de perdición que habían emprendido. Se separaron para no volverse más, al menos con la cordialidad de aquellos días luminosos de su juventud. Todavía la reina Isabel, cuando habla de su antigua amiga, dice: «María no engaña, María dice siempre la verdad.» Asombroso descubrimiento para una reina rodeada desde la cuna por lisonjas y mentiras.

Las precauciones que siguieron al golpe de reacción de 1856, la guerra de Africa, en la que se apareció la figura de Prim en el nimbo del humo de los combates, la sublevación de este insigne general, sus repetidas tentativas, la sangrienta jornada del 22 de Junio, seguida de atroces fusilamientos, apasionaron el alma de María y la afiliaron en el partido revolucionario.

Cuando Prim entró triunfante en Madrid, al ver que en la calle de Alcalá el pueblo se arrojaba á su paso, María le dijo en un arranque de clarividencia que sólo tienen las mujeres:

— ¡Siga V. su camino hasta el Palacio real!
— Yo no soy ambicioso, replicó Prim.

Prim no abandonó nunca la firme amistad de esta mujer superior. Durante la revolución, ni un solo día apenas dejó de visitarla. En medio de las preocupaciones, de las luchas de los partidos, tan encarnizadas entonces, después de sesiones tempestuosas y memorables, el general entraba en el salón de María y pasaba un cuarto de hora á su lado, algunos breves minutos de conversación.

Solía entonces la mujer dar algunos consejos previsoros al hombre ¡ay! no siempre seguidos. Muchas veces le manifestó sus temores sobre las tentativas de asesinato de que era objeto; pero el general, escuchaba en silencio con su confiada y heroica sonrisa en los labios. Se encontraba María en Londres, cuando fué asesinado el general.

La muerte de Prim cubrió de eterno luto el alma de nuestra amiga. Durante muchos años se aisló en el seno de sus antiguas amistades. La Restauración no la sorprendió. ¡No era natural que rota la espada de la Revolución, cualquier sargento se atreviese á todo? De tiempo en tiempo pensaba en Ruiz Zorrilla, ya emigrado y antiguo amigo suyo, pero no le veía desde algunos años antes.

La señora Buschental considera hoy á Ruiz Zorrilla como el sucesor de Prim. Siente verdadera admiración por su carácter, sus talentos, su obstinada voluntad, los sacrificios que se ha impuesto; su largo y noble destierro, y la generosa indignación nunca aplacada de su eterna protesta.

Le ha visto á la obra en París, en los días que precedieron á los acontecimientos de Agosto de 1883, y conserva de aquellos días una impresión profunda y extraña, como la que resultaría de haber sorprendido á un titán en su cueva ó á un ciclope en su fragua. Como la mujer es toda observación y estudio, durante aquellos días de fiebre, de inquietud, de entusiasmo, de voluntad, de férvida alegría y de desesperación al fin, analizó una por una todas las palpitaciones de aquel gran corazón. todas las rápidas determinaciones de aquella

voluntad de hierro, todos los recursos de aquel vasto espíritu, cuyo misterioso trabajo será algún día conocido y admirado, y desde entonces toda la muerta confianza que había sabido inspirarla el general Prim, pasó á Ruiz Zorrilla, y se ha fijado en él con la viveza, el entusiasmo y la noble intransigencia que caracteriza á nuestra amiga.

Los monárquicos se encargaron de completar la natural evolución del alma de la señora Buschental. Se supo en Madrid, que en los días de la sublevación de Badajoz, el señor Ruiz Zorrilla había frecuentado con bastante asiduidad el hotel que en París habitaba cierta alta dama; y un periódico afirmó que ésta había proporcionado recursos pecuniarios para la patriótica empresa; calumnia grosera, que tenía por objeto enemistar á nuestra amiga con cierta parte alfoncina de la *high life*, y atraer sobre ella la vigilancia de la policía borbónica, que justamente irritó el alma generosa de aquella señora, que se sintió ofendida en sus simpatías, y trasformada, por obra de un periódico, en agitadora política. papel turbulento, que no se acomoda á su deseo de mantenerse alejada de las luchas activas de la política, por más que no oculte á nadie sus simpatías y predilecciones.

Desde entonces, y por causa de esa campaña contra ella iniciada, uno de cuyos efectos se nota en el libro del conde Vasili, que nos ha obligado á escribir estas líneas, la señora Buschental, se ha puesto resueltamente del lado de la buena y patriótica causa republicana, á la que presta alientos con el prestigio de su nombre y de su sexo. No profesa la política como una idea, sino como un sentimiento. Y en realidad, basta, porque los sentimientos, más que las ideas, rigen el mundo y mueven la voluntad. En María Buschental, la pasión política se transforma en misericordia para los que sufren, para los perseguidos, para los pobres, para todos los infortunios, á los que consagra espléndidamente parte de su fortuna. Un río de oro sale de sus manos y va á las de los necesitados.

Durante muchos años ha llenado María Buschental, las funciones de reina de la moda, y aún el frívolo y dominador cetro no ha caído de sus manos.

Aún está, en pie, sobre pedestal de triunfos y de glorias, la estatua viva y deslumbradora que adoró la generación pasada, y que la presente, á despecho de los años admira, porque si en otros tiempos inflamaba los sentidos, hoy penetra el alma de suave melancolía, semejante á la que en pos de ardiente día de verano, acompaña en la tarde al desmayo del sol en horizontes coloreados por espléndido ocaso.

Ante María Buschental, en 1886, se piensa lo que ante la Venus de Milo, desaparecida y descubierta, bella cuando en el templo, coronada de flores con el ara de los sacrificios á los pies, salía del taller del sublime artista, y aparecía ante las absortas muchedumbres destallando el mármol inmortal las líneas ideales y bella también ahora, que á las maravillas del arte, junta los prestigios religiosos de los siglos que la han mutilado y oscurecido, desde que un bárbaro ó un terremoto la derribó del ara, hasta que la azada del labriego tropezó en el mármol divino, oculto en los surcos de su campo.

Tiene la hermosura de las mujeres célebres por sus encantos, cierta perpetuidad que no alcanza al vulgo de su sexo; las generaciones se transmiten el tipo ideal de su mayor apogeo, y cuando llegan á la edad en que el molde comienza á deformarse, siguen admirándola las gentes, deslumbradas por los recuerdos de las apoteosis de la primera juventud. Elena y Cleopatra, llegaron á los límites de la ancianidad, y sin embargo, nadie las imagina viejas.

Para todos los fieles amigos de María Buschental, es cada día más atractiva, más dueña de los corazones y de las voluntades. Conserva la talla majestuosa, el breve pié, el busto soberano y las armoniosas líneas de su primera juventud y aquella boca de rosa y nieve, que ha enloquecido á tantas almas; pero cuan-

do algún día á la edad le arrebatase los restos de su gran belleza seguirá siendo objeto de fervoroso culto, para todas las almas sencillas y generosas, para quienes la bondad y la hermosura son reflejo del mismo foco de luz.

Hay en su salón un magnífico retrato que la representa á los veinte años; una cabeza soberbia, á la que sólo falta la aureola para ser una virgen de Rafael. Diríase que es la Beatriz del Dante cuando sostenía el alma del tormentoso poeta, con su dulce mirada. Nada más ideal que la expresión profundamente tranquila y pensativa de sus ojos, de un azul oscuro, velados por largas pestañas, y que parecen irradiar, al par del puro óvalo del rostro, los bien diseñados labios, de una corrección exquisita, una especie de luz estelar, una sinfonía casi religiosa. Ni un collar, ni un brillante, ni un rizo en la juvenil cabellera. Parece que el artista, el célebre Müller, quiso en aquel lienzo engarzar la bellezasoberana, sin el realce del atavío femenino, como se engarza una estrella en el cielo límpido de una lucha serena.

R. GINARD DE LA ROSA.

LA LIBERTAD MORAL

I

Uno de los materialistas más decididos de nuestra época, J. Moleschott, ha dado de la voluntad esta explicación: «La voluntad es un movimiento de la naturaleza.»

Si esto es verdad, no hay para qué hacerse ilusiones respecto de esos problemas que han atormentado al hombre en todos los períodos de la historia, ni respecto de esos ideales, tras los cuales se lanza anhelante el espíritu humano. Toda la vida racional es pura quimera, no sólo en el individuo, sino en las sociedades. Si hay todavía ilusos que creen en el deber, en el sacrificio, en el heroísmo, como manifestaciones variadas de un mundo eterno y superior á las contingencias y conflictos de las pequeñas pasiones, será forzoso relegarlos á un manicomio. Todos esos hechos refiere la historia y canta la epopeya, son meros efectos de un movimiento sujeto á las leyes fatales de la materia: ¿por qué preocuparnos? Si ese movimiento de la naturaleza nos arrastra al crimen ó nos encamina hacia la virtud, hagamos constar simplemente que somos como el copo de nieve impelido por los vientos: tan inocente soy al asesinar á mi padre como al recoger al expósito abandonado en el lodo. Un movimiento de la naturaleza hincó el puñal, otro movimiento de la naturaleza trajo á mis brazos al pequeñuelo desvalido: ¿dónde está la razón para castigo en el primer caso? ¿dónde, para la satisfacción de mi conciencia, en el segundo?

La conciencia popular se subleva ante estas conclusiones, es verdad. Pero hay que mantenerse en guardia contra las manifestaciones de las muchedumbres: las muchedumbres son volubles, crucifican hoy y divinizan mañana. Los hombres superiores han sido escarnecidos antes que exaltados. Procedamos, pues, con calma.

El tema es antiguo. En todo tiempo y lugar fué objeto de laboriosas lucubraciones. Es, además, origen de consecuencias gravísimas: según que la cuestión se decida en uno ú otro sentido, habrá que aclamar ó negar la moral ó la ley, el merecimiento y la pena. Por un lado se vá al orden, por el otro al caos.

II

Un primer hecho de observación personal, es que en la intimidad de nuestra conciencia nos reconocemos esencialmente libres por toda nuestra vida racional y en la esfera de nuestras relaciones diarias. Nos reconocemos libres, no de un modo absoluto, sino dentro de ciertos límites; pero dentro de estos límites, cada hombre, en el sagrado de su conciencia, se confiesa responsable del mal que hizo y se complace en el bien que procuró. Es cierto que no puede dejar de pensar y sentir, aunque se lo proponga y lo intente: su voluntad no alcanza hasta ahí. Pero puede variar á voluntad el objeto de su pensamiento y de sus afecciones,

encauzar su actividad en una y otra dirección, rendirse como ludibrio á los estímulos de cada instante, ó mantenerse firme á despecho de las tempestades del mundo. Los mártires de la ciencia y de las religiones son otros tantos testimonios de estabilidad humana.

Un segundo hecho, de observación personal también, es que en nuestros actos nos hallamos limitados por todas partes, estimulados por motivos de diversos órdenes, apremiados bajo la influencia de condiciones exteriores, y aún superiores á nosotros mismos, sujetos por hábitos recibidos de fuera desde nuestros primeros pasos en la vida (la familia, la patria la raza, el siglo). Esos elementos, combinados de mil maneras, allanan ó obstruyen el camino de nuestra libre acción, hasta el punto de ser penoso reconocer y comprobar la parte que en cada uno de nuestros actos hay que asignar á la libertad propia y á la acción exterior.

Somos, pues, libres dueños de nosotros mismos; pero no dueños absolutos en nuestro obrar. Y entendemos aquí por obrar, no sólo la realización y acabamiento de un hecho, sino también los trámites que le preceden, como el propósito y la deliberación.

III

De estas relaciones exteriores, que limitan de tan diferentes maneras nuestra libertad de acción, unos son ciertamente verdaderos impedimentos, otros no. Muchos caracteres dominantes, en todas las esferas de la vida terrestre, desde la familia hasta la nación, han intentado (é intentan) subyugar á su voluntad el mundo que les rodeaba. Ante ningún obstáculo legítimo han retrocedido: la fuerza abolió toda razón, borró todo límite; con ella anduvieron unidas todas las brutalidades de la guerra. Llegó un día en que los intereses verdaderamente legítimos recobraron su energía, y cesó el azote: entonces, se dice comunmente, los obstáculos llegaron á ser superiores á la voluntad del que llaman héroe, el héroe no pudo ya obrar, y sucumbió.

Hay que aclarar estos conceptos vulgares. No debe verse en esos obstáculos exteriores una traba á la libertad; antes bien son la libertad misma reivindicando su dominio. La libertad no es el poder arbitrario de ejecutar un acto externo. La verdadera libertad presupone un orden real, efectivo, objetivo en la creación: desconociendo este orden en la realidad, la libertad se trueca en una potencia sin sentido propio, en un mero capricho egoísta ó brutal. Si nadie en el mundo está autorizado para atentar contra la vida del individuo como tal, ¿quién podrá estarlo para atentar contra la vida de una nación, miembro del organismo de la humanidad terrestre? La resistencia á la esclavitud es testimonio de la libertad.

De suerte, que en el ejercicio de la libertad es forzoso tomar en cuenta los dos términos de la relación: el agente y el objeto. Y cuando esos dos términos son esencialmente iguales, como en la relación de hombre á hombre, el ejercicio de la libertad ha de considerarse á la luz de los fines racionales. Por tanto, quien rechaza y sujeta á un segundo que intenta sacrificarle á su voluntad, no coarta la libertad de ese segundo, sino que reivindica la suya propia.

IV

Hay, pues, en la noción de la libertad, elementos que el vulgar sentir no siempre toma en consideración.

Puesto que cada hombre en su intimidad reconoce su libertad; y puesto que á la vez se reconoce como uno mismo en toda su vida, es claro que la libertad ha de estar en armonía con todas sus facultades y modos de actividad. Ahora bien: el objeto del pensamiento es la verdad cierta, es decir, la verdad objetiva ó real, reconocida como tal con evidencia; el objeto del sentimiento es la caridad en su concepto más alto, es decir, el vínculo de reciprocidad afectiva entre todos los seres de la creación, según su grado respectivo, y del hombre con su Creador; el objeto de la voluntad es el bien puro y desinteresado, es decir, todo

lo que se realiza en la vida, de acuerdo con la naturaleza propia de los seres. No cabe, pues, libertad sin verdad, caridad y bondad.

Esta limitación muestra que no es completo el concepto que se tiene de la libertad, cuando se la define como «facultad de elegir entre contrarios». Si tal facultad significa algo positivo, se sigue de ella que hay en el hombre la misma posibilidad, y por tanto la misma propiedad esencial, para establecer una relación que la opuesta, para obrar de un modo que del contrario. Veo en grave riesgo la vida de un enemigo; en mis manos está salvarle ó dejarle perecer: siento mi voluntad vacilar (elegir entre contrarios); me decido, por fin, y me arrojo en su ayuda, y lucho, y le salvo. ¿En cuál de estos momentos he sido verdaderamente libre, cuando vacilé ó cuando me resolví? Las almas sometidas á las cadenas de lo sensible podrán dudar; las almas ilustradas por la razón fallarán de plano.

La elegibilidad entre contrarios no es, pues, propiamente la libertad misma, sino más bien un momento en la realización del acto libre, un trámite para sentar el hecho libre. Si vacilé al salvar á mi enemigo, es porque mi voluntad escuchaba aún el mal consejo de la pasión; fui verdaderamente libre cuando obedecí á la voz de mi deber racional. Hé aquí, por tanto, que la obediencia, que al parecer es una traba, constituye mi verdadera libertad.

V

¿Será posible conciliar caracteres tan semejantes como los que acompañan á un hecho libre?

Notemos ante todo que la libertad no es algo sustantivo en sí, sino puramente una forma de obrar. En el lenguaje se expresa esta forma por un adjetivo ó por un adverbio: la actividad *libre*, el obrar *libremente*. El sustantivo *libertad* pertenece al género de los llamados abstractos por los gramáticos. Si los modos de una propiedad se confunden con la propiedad misma, podrá hablarse de la libertad como propiedad del alma, pero no en otro sentido.

La libertad, pues, presupone una actividad, y la actividad presupone una ó más facultades. La actividad dice relación al tiempo, la facultad es independiente del tiempo. La actividad se despliega en la vida; la facultad es eterna. La actividad es un desarrollo en serie de actos múltiples; la facultad es puramente idéntica á sí mismo en unidad permanente.

La propiedad del espíritu, á la cual afecta la libertad, es la voluntad. Así, tratar de la libertad es tratar de una forma de la voluntad considerada en sí misma como facultad independiente del tiempo, y como actividad desplegada en la vida.

Esta distinción es esencial y explica desde luego por sí sola la contradicción entre la observación interna, que atestigua la libertad humana, y la observación de todo hecho humano en su acabamiento, la cual acredita nuestra subordinación. Es cierto, si se habla con sinceridad, que todo hombre se reconoce libre en sus actos, en lo que estos actos dependen de él mismo; es cierto también que se reconoce influido, apremiado, hasta constreñido, en lo que estos actos dicen relación con las condiciones que le rodean en la vida.

Hay, por consiguiente, que considerar dos fases: la facultad y la actividad, lo eterno y lo temporal. Y esto, sobre la base de una relación entre la voluntad y un objeto, porque la voluntad nunca es vacía cuando uno quiere ó no quiere *algo*. Este algo es el objeto de la voluntad.

La voluntad, como facultad, es, según se ha dicho, el poder superior y unitario del espíritu humano; es un aspecto del espíritu humano, como determinando en unidad sus propios actos. Hay en los actos de voluntad la relación de efecto á causa: por tanto, el acto es semejante á la voluntad. Pero la voluntad es impotente ante todo lo que es externo, y, por tanto necesario: ninguna voluntad podrá conseguir que dos paralelas se corten. Los domi-

nios de la voluntad son, pues, bastante limitados: no traspasan las fronteras de los fenómenos, de los hechos ó estados pasajeros que suceden en la vida.

Hé aquí por qué la voluntad se confunde comunmente con la actividad voluntaria; pero debemos notar que no hay actividad sin facultad correspondiente, puesto que es á todas luces contradictorio sentar hecossin poder sentarlos.

Puesto que la actividad voluntaria no es más que el ejercicio de una facultad, y puesto que esta facultad es propiedad del espíritu, el espíritu es el fundamento y la razón de esa actividad. Esta actividad está, pues, bajo el espíritu; sus leyes no pueden contradecir á las del espíritu; su fin ha de ser el fin mismo del espíritu. Así, la voluntad tiene por carácter capital la unidad, puesto que uno es el espíritu.

¿Qué unidad puede ser esta, cuando las vacilaciones y los desfallecimientos forman una buena parte de nuestros estados en el tiempo? Esa unidad es la de la creación. La creación no es un hacinamiento de seres extraños, inconexos entre sí; es, por el contrario, un organismo, en el que, hasta donde la observación alcanza, todo obra y reobra sobre todo, todo se compenetra y se estimula y se ayuda. Nos es vedado ciertamente dominar el plan entero de la creación: sólo á Dios, como absolutamente infinito, corresponde el conocimiento cabal de lo infinito. Pero quien se haya elevado, en lo que las menguadas fuerzas humanas lo permiten, á la contemplación de la perfección suprema, no podrá dudar que en medio del aparente desconcierto del mundo existe una soberana armonía, que se refleja en nuestra conciencia como un ideal, y se impone á nuestra voluntad como un mandamiento ineludible. La verdad en el conocer, la caridad en el sentir: hé ahí la norma, de la cual se deriva la rectitud en el obrar.

Tal es, á nuestro modo de ver, la libertad moral. Se ha dicho con mucha propiedad que «la libertad es la voluntad ilustrada por la razón». Esta definición es superior á cuantas han llegado á nuestro conocimiento; el concepto lógico de la extensión queda fijado en la noción de voluntad, el de la comprensión en la noción de razón. No es libre sino el que obra como esclavo de la razón; quien obra fuera de razón, es siervo de sus pasiones, de su egoísmo, de sus apetitos. Este supremo grado de la libertad moral ha sido llamado también libertad racional, y se le puede asignar como carácter en el obrar esta divisa: *non posse peccare*.

Esta noción de la libertad es, como se ve, bastante compleja en sus elementos: presupone orden y leyes divinas en la creación, espíritu consciente que los reconozca, y voluntad que se subordine á sus mandamientos. Pero aún siendo compleja, no puede despojarse de ninguno de esos elementos, so pena de quedar mutilada. La unidad de caracteres en los actos libres se funda, pues, en la conformidad del obrar del hombre con las leyes divinas del mundo.

VI

De esta explicación se deducen, ahora fácilmente las oposiciones y contrariedades anexas á los actos humanos.

Según el grado á que el espíritu se haya levantado sobre las pequeñas pasiones y groseras tendencias, sus actos son más ó menos libres. En un primer estado de cultura, sometido el hombre puramente á las sugerencias de la sensibilidad de la materia, los actos se sientan casi sin conciencia, según las conveniencias físicas del momento: el caníbal devora á su víctima y duerme tranquilo. Desarrollada la facultad de la reflexión, las vacilaciones son múltiples, porque la lucha interna entre los apetitos groseros y las ideas medio despiertas de la razón, es tenaz y vehemente: á tal espectáculo asistimos uno y otro día en nuestras sociedades, no ya como meros espectadores, sino también como actores. Levantado el espíritu á los ideales eternos, vuelve la paz á la conciencia, como premio de su trabajo: el már-

tir sufre resignado el tormento, sin otra vacilación que los terrores del cuerpo flaco.

Esos obstáculos al libre obrar insisten dentro de nosotros mismos. Hay otros que vienen de fuera. Constituido el hombre como miembro del organismo universal de la creación, en medio de otros hombres y de otros seres, en relación constante con ellos su voluntad, aun siendo pura y, por tanto, libre, se quiebra en el conflicto. ¿Quién ignora que el mismo Sócrates fué escultor á despecho suyo? Querer es poder, se ha dicho: la frase es legítimamente francesa; es bella y deslumbradora, pero desconoce las contingencias de la vida común de seres limitados. Querer es simplemente querer, poder es tener la facultad de realizar independientemente de influencias exteriores. Los actos más trascendentales de la vida, en principio y en fin son, sin duda, independientes de nuestra voluntad: ningún hombre ha elegido sus padres, ni su patria, ni su raza, ni su siglo, y eso que estas circunstancias extrañas á su voluntad influyen de una manera tan poderosa sobre su vida; si se exceptúa la fracción, relativamente exigua, de los suicidas, la muerte sorprende al hombre sin intervención de su voluntad, quizá cuando, á su modo de ver, le era más necesario el vivir.

Resulta, pues, que la limitación del hombre, en sí mismo y en cuanto se halla relacionado con los seres de la creación, es origen de innumerables impedimentos al libre ejercicio de su voluntad. No es libre sino cuando realiza algo con sujeción á las leyes divinas.

VII

La libertad tiene, según las consideraciones precedentes, un campo muy limitado; y podría suponerse que la falta de libertad completa y absoluta en la mayoría de sus actos exime al hombre de responsabilidad.

La cuestión es grave, por lo que afecta á la moral y al derecho, y exige un examen atento.

Las religiones positivas tienen formulados sus códigos morales; las leyes promulgadas por los diferentes pueblos son igualmente del dominio público. Así, bajo el punto de vista de la relación que la voluntad afirma en cada caso entre el agente y el objeto de su acción, hay siempre, ó casi siempre, elementos bastantes para que aquel se determine á obrar en conformidad ó en oposición á la ley.

Prescindamos ahora de las leyes establecidas por las religiones, y limitémonos á las leyes de origen explícitamente humano. Estas leyes varían según tiempo y lugar: en licito en unas partes lo que en otras es nefando; unos siglos toman á honor lo que otros reputan infame. De suerte que este punto de vista puramente histórico no da ningún valor permanente á la ley moral y jurídica, ni por tanto puede afirmarse, ni negarse la moralidad ó inmoralidad de un acto por su conformidad ó discordancia con aquellas.

Suele hablarse de una *moral universal*, y esta palabra indeterminada se encuentra también en leyes escritas. Pero ¿qué es la moral universal? ¿Dónde buscar sus preceptos? ¿Quién la ha formulado? Se dirá, sin duda, que el patricio, por ejemplo, es donde quiera un crimen horrendo, y lo mismo creemos nosotros. Pues con eso y con todo, en un libro que ha servido de texto para la enseñanza oficial de la geografía á toda la generación actual de España, se lee que los battas sacrifican á sus padres cuando ancianos, por ahorrarles las molestias de la vejez. Se replicará que no hay que buscar la moral universal entre salvajes: sea en buen hora; pero desde ese momento la moral que se invoca deja de ser universal, y hay que limitarla á los pueblos cultos. Ahora, entre los hombres más cultos de los pueblos cultos se han formulado estas afirmaciones: «el hombre, lo mismo que el bruto, no busca más que el goce; el bien es el placer; el estado natural es la guerra de todos contra todos». — «Las acciones del hombre están sometidas fatalmente á las mismas leyes que rigen el Universo». — «¿Cómo podría intimidar la pena á quien perpetra un crimen, resultado lógico, directo é inevitable de la pasión que le anima?»

¿Qué es, pues, la moral universal? Dos palabras vacías de sentido, si se las toma en su aspecto histórico. Sin duda alguna que hay una moral universal y eterna, fundada por Dios: pero no está en nuestro poder el conocerla entera con absoluta incertidumbre. Las religiones oficiales blasonan de poseerla por revelación directa; los filósofos creen haberla leído en la conciencia. El hecho positivo es, que muy poco positivo hay en este punto.

Pero, dando por supuesto el conocimiento perfecto de un código moral divino, ¿es ó no dueño el hombre de conformar su voluntad con él?

Esta es la vieja cuestión del *libre albedrío*. La libertad verdadera, la libertad racional que hemos examinado antes, es diferente del libre albedrío, por más que una y otro se refieran á la voluntad. La verdadera libertad es el estado de pura y consciente y voluntaria esclavitud bajo las leyes divinas; el libre albedrío presupone la vacilación y la lucha interior. Ahora bien: ese estado no puede ser negado por nadie que se haya observado en el fondo de su conciencia. Es una consecuencia de la personalidad. Un ser es personal cuando tiene actividad propia, vida propia, conocimiento y sentimiento de sí mismo y de sus actos. Yo puedo vender mi honor por un puñado de oro, como Judas vendió al Maestro por treinta monedas de plata: por un lado me esperan las comodidades de la vida, los honores de la sociedad, la tranquilidad respecto el porvenir de mis hijos; por el otro voy derecho á la pobreza, á la oscuridad, á la miseria de mis descendientes: en medio de aquellos esplendores habrá dentro de mí un torcedor, oculto á las miradas del mundo, pero que nublará toda serenidad en mi conciencia; en las tinieblas de mi honrada oscuridad hallaré siempre, por el contrario, un faro que me guiará. Los motivos son poderosos: dudo, vacilo, lucho; me decido al fin: ¿pero hacia qué lado? Voy donde quiero: soy, pues, libre. Y si sucumbo, exclamaré, como Galileo después de retractarse: *je pur si muove!* esto es, pude seguir el camino de la ley moral, he violado por mi voluntad la ley moral, sólo mi flaqueza puede excusarme, aunque no pueda justificarme.

El hombre es, pues, dueño de elegir, y por tanto, capaz de responsabilidad. Pero ¿está seguro de que al elegir el bien, elige realmente el bien? En otros términos, ¿conoce el bien?

Esta cuestión es muy ardua, y bien lo presentamos hace un momento, al preguntar lo que es la moral universal. Cada hombre y cada pueblo y cada siglo se creen en posesión de la ley divina: ¡error funesto! Ciertamente en ningún período histórico han faltado al hombre destellos de la ley moral bastantes para encaminarle á buen fin en su trabajosa peregrinación por este mundo; pero es cierto también que una buena parte de los horrores que registra la historia, arrancan de aquella convicción pretenciosa. Por eso un espíritu circunspecto no aplicará jamás una ley positiva, cuyos efectos sean irreparables; por eso en estos tiempos se levanta el clamor, casi unánime, contra la pena de muerte. El Divino Maestro formuló su ley en preceptos de caridad: ama á tu prójimo como á ti mismo; tire la primera piedra á la adúltera quien esté limpio de toda mancha. Estos preceptos son llamamientos á la conciencia y condenación del formalismo de las leyes escritas.

Las leyes escritas responden al nivel medio de cultura de un pueblo en un período determinado. Resulta de ahí que son superiores al ideal de muchos, é inferiores al ideal de otros. Y como toda ley positiva traduce en precepto un ideal intermedio, puede haber trasgresiones que sean perfectamente legítimas y morales. Por legítima y moral se tiene la práctica de los hombres de Estado, cuando no aplican todo el rigor legal á los llamados delitos políticos: preocupaciones todavía poderosas disfrazan el hecho con el nombre de amnistía, y el respeto exterior al Código aconseja invocar la clemencia para cohonestar su violación. Pero lo cierto es que la amnistía supone que el Código escrito no traduce la

verdadera ley racional. La trasgresión queda desde ese momento justificada.

VIII

Hemos expuesto brevemente una doctrina sobre la libertad humana. En esa doctrina entran elementos varios: Dios, como fundamento y razón de todo lo creado; orden divino en la creación, como fundamento y razón de la ley moral; el hombre en su unidad, como fundamento y razón de sus actos en el tiempo, con destino propio que realizar en la vida, en unión y armonía con los demás seres, el bien, como fin de la voluntad. La libertad se nos ha presentado como la sumisión consciente del hombre á la ley moral, y el libre albedrío como una facultad del espíritu para determinarse ante motivos diferentes. Esta facultad es en cierto modo negativa, derivada de la limitación del hombre, pues que, si fuera perfecto, no hallaría jamás ocasión para entrar en ejercicio. Bajo otro aspecto es positiva, pues que garantiza la perfectibilidad del alma.

Veamos si dentro de esa doctrina hay medio para refutar otras, que han sido expuestas igualmente por los filósofos:

1.º *Indiferentismo*: la verdadera libertad es aquella con que se determina el alma, cuando ningún motivo la solicita para obrar, ó cuando los motivos, siendo opuestos y equivalentes, se contrarrestan, dejando el estado de la voluntad en perfecto equilibrio. Cualquier motivo predominante, que inclina á obrar en un sentido ó en otro, quita el alma la espontaneidad de su determinación.

Dicho en menos palabras: el motivo suprime la libertad.

Ahora bien, no hay acto de voluntad, en el cual concorra un motivo, porque el hombre es uno, y á cualquier acto de sus facultades asisten también las demás. Por consiguiente, obrando siempre con motivos, hay que concluir que no obra con libertad sino en el caso singular del equilibrio de los mismos.

Contra esta conclusión protesta desde luego el sentido íntimo, la observación interna. Lo cierto es que esta teoría confunde el albedrío en sí, con las condiciones de su ejercicio. Para que quede facultad de elección, es necesario que se presenten caminos diversos; para realizar la elección, es necesario que haya deliberación más ó menos sostenida. Esto nadie lo duda; pero nadie puede negar el hecho de que elige la vía que quiera. Si se admite la demostración *ad absurdum*, hay que concluir también por este método la falsedad del indiferentismo. De él se deduce, como afirma muy bien el marqués de Valdegamas, que el hombre sería tanto menos libre, cuanto fuera más perfecto. Efectivamente, la perfección es el bien, que se practica con tanto mayor facilidad, cuanto más apartada está el alma de las sugerencias del mal; de manera, que la perfección relativa del hombre arguye la preponderancia del bien, y la perfección absoluta la absoluta exclusión del mal. En ninguno de los dos casos puede haber equilibrio entre los motivos opuestos, ya que prepondera ó señorea uno de ellos: el hombre, pues, perdería en libertad lo que ganase en perfección, y en Dios no habría el menor vestigio de libertad.

Y sin embargo, Dios es la santidad absoluta: ¿cómo conciliar la santidad de Dios con la esclavitud bajo la cual gime? Hay un expediente cómodo, ideado por los indiferentes: nada existe bueno ó malo en sí, lo bueno ó lo malo son tales porque Dios quiso, Dios ha dispuesto que los tres ángulos de un triángulo valgan dos rectas; pero si otra cosa dispusiera, otro valor tendrían. Esto es sustituir el capricho á la voluntad.

Repitámoslo: la verdadera libertad, la libertad racional, es para el hombre la sumisión consciente á las leyes divinas. En Dios la libertad es su identidad misma. El libre albedrío del alma es el lazo común de su imperfección y de su perfectibilidad.

2.º *Fatalismo*.—La voluntad, se dice, es como una balanza; siempre se inclina del lado en que actúa el peso mayor, ó sea el motivo

preponderante. Los actos que llamamos de voluntad son necesarios por consiguiente.

Aquí hay confusión de la voluntad como causa, con las relaciones exteriores del desarrollo del hombre en la vida. La voluntad se determina al obrar por sí misma, bajo las influencias—sin duda—del grado de cultura del espíritu; y eso que se llama predominio de tal ó cual motivo sobre tal otro, no es, en rigor de verdad, más que la expresión de la cultura. En unos prepondera el deber sobre la conveniencia, en otros el placer sobre el deber. Claro es que los actos de unos y otros reflejarían el estado general á que respectivamente se hayan elevado en la escala de la razón; pero unos y otros pueden renunciar en un momento á todo su pasado, para emprender la marcha en opuesto sentido. La práctica de la vida ofrece numerosas conversiones de este género.

El *optimismo* es una faz particular del fatalismo, y supone que la voluntad se inclina siempre hacia el bien, y entre los bienes, hacia el mayor. Verdaderamente, es singular este modo de apreciar la voluntad, en presencia de cárceles y presidios poblados por parricidas, asesinos y violadores de toda ley. Sería lícito concluir que los legisladores y tribunales pierden lastimosamente el tiempo, pues que empiezan por igno ar lo que es bien. Hay más: puesto que la voluntad elige necesariamente el bien, y entre dos bienes el mayor, deberíamos deducir que los códigos son verdaderamente bárbaros, cuando castigan con más rigor el asesinato cometido por el hijo en el padre per arrebatarse la herencia, que al criado doméstico que hurta una moneda á su amo para procurar alimento á su madre enferma y desválida.

La teoría expuesta destruye la unidad humana, pues que excluye de todo acto el pensamiento y el sentimiento. Ocioso sería todo trabajo para discernir lo bueno de lo malo, lo mejor de lo bueno: bastaría cruzarse de brazos y esperar la determinación forzada de la voluntad; ella nos señalaría el buen camino. Lo único deplorable en este dulce dormir sería que cada determinación de la voluntad mostraría vía distinta.

Preguntamos con sinceridad: ¿puede tomarse en serio esta teoría?

3.º *Panteísmo*.—Más graves, como más fundamentales, son las conclusiones del panteísmo contra la libertad humana. Y en efecto, si todo es Dios, ¿qué queda para el hombre? «La libertad es una ilusión que proviene de la ignorancia de las causas que nos determinan á obrar.» Así lo afirma Espinosa. En esta afirmación hay lógica; puesto que, si todos los seres finitos son meras manifestaciones transitorias de la esencia una y entera, si no hay individualidad en ellos, claro es que los actos de esos seres no son más que manifestaciones mediatas de esa esencia.

Como la afirmación del panteísmo en respecto á la libertad arranca de la raíz misma del sistema filosófico, la refutación se halla en la crítica del sistema en su conjunto. En este punto volvemos á la faz analítica ó mostrativa de la metafísica, es decir, á la conciencia, á la propia observación. No hay, que sepamos, otro procedimiento para reconocerse dueño de sí mismo, y causa de los actos propios. Negando al valor el testimonio de la conciencia, la discusión no tiene fin práctico. «Yo, dirá quien crea en la libertad, me reconozco libre para obrar de tal ó cual manera; es verdad que de todos lados me acosan influencias extrañas, tan poderosas, tan íntimamente combinadas con mi actividad entera, que quizá una parte de ellas se sustrae á mi observación sostenida. Pero es cierto, en fin, que yo hallo en mi poder tan superior á toda ingerencia ajena, que me es dado, sino subyugarla, á lo menos orillarla.» «Vana ilusión, replicará el panteísta; ignorancia de las causas que determinan á obrar: el hombre, momento pasajero del desarrollo del Ser único, tiene, en efecto, concepto de sus propias voliciones, pero no libertad. ¿Cómo ha de ser libre una manifestación, un fenómeno?»

No estaría aquí en su lugar la exposición de un sistema entero de filosofía especulativa;

para refutar las afirmaciones del panteísmo en materia de libertad. Limitémonos á repetir, considerando el lado práctico de la cuestión, que el panteísmo, como cualquier otro sistema que niegue en absoluto la libertad del hombre, conduce directamente al desconcierto de las sociedades. Castigando al criminal, como alentando al virtuoso, las leyes serían igualmente injustas: donde no hay merecimiento, está demás la recompensa; donde no hay responsabilidad, es inútil el castigo.

4.º *Materialismo*.—Esas conclusiones son lógicas. ¿Qué razón de ser tienen entonces las leyes humanas? Hobbes nos lo ha dicho. El estado natural de los hombres es la guerra de todos contra todos; para vivir en paz, ha sido necesario idear al Estado. «El hombre no tiene libertad de querer, sino en ejecutar lo que quiere, es decir, de obedecer á sus apetitos.» «Es libre, consigna Helbetius, por su parte, quien no está cargado de cadenas, ni detenido en una prisión, ni intimidado, como el esclavo, por el temor del castigo.» Hé aquí borrados de una plúmada todos los heroísmos que registra la historia, todos esos actos sublimes de abnegación, que se repiten diariamente en la vida.

El materialismo es también lógico. Todo es materia; toda manifestación de la materia es fatal. Por consiguiente, cuanto se realiza es necesario y fatal. El error está en la premisa, y la refutación ha de hallarse, como para el panteísmo, en el *nosce te ipsum*, en el *nolli foras irae* de San Agustín: *in interiore enim homine habitat veritas*.

5.º *Idealismo subjetivo*.—Si todo es Dios, desaparece el hombre como sustancia: así se explica la doctrina del panteísmo. Si todo es materia, no hay libertad tampoco, afirma el materialismo. El idealismo va igualmente al fondo de la cuestión: si Dios es omnipotente, nada queda á merced del hombre; la libertad humana, que es un poder, cercenarla la omnipotencia de Dios. Este argumento es mera consecuencia de otra afirmación más general, á saber: lo finito y lo infinito se excluyen. ¿Existe lo finito fuera de lo infinito? Si existe, el infinito no es tal, pues que le falta toda la realidad de lo finito. ¿No existe lo finito fuera de lo infinito? Pues tampoco hay libertad humana, porque habría un poder que limitaría el poder infinito de Dios.

Tampoco se compadece la libertad humana con la presencia divina: si el Infalible conoce *ab eterno* todos los actos del hombre, la libertad es una mera ilusión del agente. Enhorabuena que delibere, consulte, elija, vacile: el acto previsto se realizará, y no otro; como fué previsto, y no de otra manera.

No cabe desconocer que estos dos argumentos son formidables, los más serios que hasta hoy se han suscitado contra la libertad humana. El primero exige, para su refutación completa, el desarrollo, también completo, de una doctrina de armonía, que no presente como antitéticos lo finito y lo infinito; que permita la coexistencia de lo finito *en* lo infinito, *bajo* lo infinito, *por* lo infinito. Esa doctrina ha sido expuesta por Krause; y hagamos constar desde luego que, al citarla aquí, nuestro fin es indicar la necesidad de nutrir el espíritu con estudios filosóficos, verdaderamente profundos, y de ningún modo proclamar aquel sistema como la última palabra de la razón humana. Lo que sí cabe afirmar es que ese argumento del idealismo con respecto á la libertad, no puede refutarse victoriosamente sin reconocer y aceptar una fórmula de armonía que ligue los dos términos, al parecer, antitéticos.

En cuanto al segundo argumento del idealismo, ya los Santos Padres le redujeron á su verdadero valor, por una distinción feliz. Dios conoce, en efecto, todos los actos que ha de realizar el hombre; pero, conociéndolos, no altera la naturaleza de los mismos: los actos no se realizan porque Dios los haya previsto, sino que Dios los ha previsto porque se realizaran. Y en verdad, suponiendo que en un momento preciso haya posibilidad de que el hombre siente actos diversos, la presencia infinita los conoce todos: cualquiera que sea el que se realice, previsto estaba por Dios. ¿Cómo, pues, la

presencia divina ha podido forzar á un act y no tal otro, ha obrado en las mismas condiciones de libertad, que hubiera tenido sin la presencia divina.

Hemos terminado nuestro modestísimo trabajo. Dos consecuencias, tan interesantes como conocidas, pueden deducirse de las líneas precedentes; consecuencias que no pierden un ápice de su interés intrínseco, porque sean expuestas una vez más.

La primera es, que toda doctrina que excluya la libertad lleva en su fondo el germen de la disolución social.

La segunda es, que el estudio completo de cualquier cuestión filosófica no puede llevarse á cabo sino mediante una serie metódica de estudios generales de la ciencia, lo mismo exactamente que sucede con las ciencias que se creen mejor formuladas. ¿Qué contestarían los geómetras al que pusiera en tela de juicio los teoremas relativos, por ejemplo, al cálculo de los volúmenes? Le remitirían á un tratado de geometría, con la advertencia de que el estudio se realizase metódica y completamente.

Una cosa análoga hemos visto en el curso de este escrito. Imposible nos ha sido deshacer enteramente los argumentos levantados como consecuencias de sistemas completos en sí: la refutación se halla en otro sistema, también completo en sí. Algunas verdades destacadas del cuerpo total de doctrina son suficientes al efecto. La filosofía no ha hecho más que bosquejarse como ciencia una y sistemática; pero debemos esperar que algún día ese bosquejo se convertirá en un gran cuadro.

A las generaciones futuras toca ese trabajo. Nosotros, pues, creemos cumplir un deber aconsejando á la juventud que emprenda con fé el estudio serio metódico, sostenido y perseverante de la filosofía, prescindiendo, por de pronto, de abordar cuestiones parciales, cuya solución ha de hallarse, en su caso, en el cuerpo total de doctrina.

FACUNDO DE LOS RÍOS Y PORTILLA.

DON QUIJOTE Y SANCHO PANZA

LETRILLA

Hay quien, con lenguaje franco,
«el manco» á Cervantes nombra;
su libro, que al orbe asombra,
prueba bien que no fué manco.
De aquel ingenio fecundo,
aún saca el mundo su escote;
que sigue cruzando el mundo

Don Quijote.

Aún, si pasamos revista,
hallamos en senda igual,
en pos del hombre ideal,
al nombre materialista.
Para que escudero lleve
quien á aventuras se lanza,
señores, aún vive y bebe

Sancho Panza.

Aquel que á fines inciertos
de un político sistema
corre, siempre con el tema
de desfacedor de entuertos;
soñando con seriedad
que ya, de su pluma al bote,
se cambia la sociedad...

Don Quijote.

Aquel que discurre un poco
y que, sin ser nada lerdo,
se olvida al fin de que es cuerdo,
por las promesas de un loco;
y que en política otorga
y niega con el que alcanza
que le ha de llenar la andorga...

Sancho Panza.

El que, entonando querellas
contra la negra fortuna,
odas dirige á la luna,
cantares á las estrellas;
y con líricos excesos,
de Apolo gran sacerdote,
se queda en los puros huesos...

Don Quijote.

Aquel que al vate se asocia
y, al seguirle en su camino,
con un concepto divino
humanamente negocia,
y mientras, con su trabajo,
por la gloria el vate avanza,
él por comer á destajo...

Sancho Panza.

Galan que el mundo pasea
con el pensamiento armónico
de hallar de su amor platónico
la soñada Dulcinea;
y tiene tan hueca cholla,
que en su empresa lleva el mote
«contigo, pan y cebolla...»

Don Quijote.

El que tocando el registro
de hacerse gobernador,
sin amar, busca el amor
de la niña del ministro;
y de este logra ser yerno,
sacando al fin de la danza
el suspirado gobierno...

Sancho Panza.

Quien por altos intereses
de una idea se aventura,
y halla, en su mala ventura,
gentes de frac por yangüeses,
que, haciéndole torpe guerra,
dan, con la ley del garrote,
con el idealista en tierra...

Don Quijote.

El que, á respetable trecho,
en pos del valiente hidalgo,
vé solo en la empresa el algo
que promete á su provecho;
y, aún cobarde ante el escollo,
algún coscorrón alcanza
por no perdonar el bello...

Sancho Panza.

Como ayer, como hoy, mañana,
en el libro nunca viejo,
su fiel y brillante espejo
tendrá la flaqueza humana.
Siempre del genio profundo
sacará el mundo su escote;
siempre cruzarán el mundo
Sancho Panza y Don Quijote.

EDUARDO BUSTILLO.

SILUETAS POLÍTICAS

ALBACETE

El esbozo de la silueta de este hombre público es una de las más difíciles que nos proponemos trazar.

Nuestra galería va á ser de verdaderas celebridades, de hombres útiles á la patria, de ciencia probada, de virtud reconocida, y por eso inauguramos la colección con la silueta de uno de los hombres políticos contemporáneos más dignos de consideración, de respeto y de aprecio.

Hombre cuya conciencia inmaculada siempre responde á las inspiraciones de la justicia y del bien, y cuya inteligencia, apartada siempre de los ruidosos aplausos y de los desvanecimientos de la gloria, vive constantemente ocupada en el estudio y la meditación de todos los grandes problemas que se refieren al desarrollo, al desenvolvimiento y al progreso de la riqueza de nuestro país.

Por eso hemos dicho que el esbozo de su silueta es obra en extremo delicada y difícil; porque no se trata de uno de esos personajes de relumbrón, cuyo nombresabemos de memoria, sino de un hombre de verdadero valer y de reconocida ilustración.

Carlos V necesitaba el pincel del Ticiano para ser retratado dignamente; ¿cómo ha de poder un incorrecto dibujante delinear, en el reducido espacio de que puede disponer en esta periódico, la figura de un hombre que reúne la diversidad de aptitudes del excelentísimo señor D. Salvador de Albacete? Pero si bien estamos convencidos de nuestra impotencia para

llenar con acierto nuestro cometido, lisonjéanos la esperanza de que tal vez esta silueta pueda servir algún día de base para que otro escritor, con más méritos que nosotros y gano de emular la gloria del inmortal Quintana, acometa la empresa de continuar las *Vidas de españoles célebres*.

Nuestro propósito, al trazar la presente silueta, no es otro que reproducir con entera fidelidad y vivos colores, las condiciones de un gran carácter, de un alma pura y de una inteligencia clarísima, honra de la Administración y del Foro de nuestra patria.

Es empresa casi imposible entre nosotros hacer de ningún contemporáneo un justo elogio que sea unánimemente apreciado.

Semejante al oro, que raras veces se encuentra en estado de absoluta pureza, así los hombres más distinguidos y apreciables, tienen, aunque sea en ínfima cantidad, una dosis de subido color político que les hace antipáticos á los que no pertenecen á su bando.

Las excepciones son escasas, y en la ocasión presente tenemos la fortuna de que aplaudirán nuestra elección cuantos sepan los antecedentes de la persona de que nos ocupamos.

Las presentes líneas sólo podrán ser mal aceptadas por el interesado, si llegasen á su conocimiento, porque es fama que su modestia rechaza cuanto se encamina á su franca y bien merecida alabanza. No nos arredra esa consideración ante la idea de que ejercemos un acto laudable presentando ejemplos de lo que alcanzan la aplicación y el saber, unidos al amor, á la patria y al trabajo.

El Sr. D. Salvador de Albacete y Albert, nació en Cartagena el día 4 de Diciembre de 1827 siendo sus padres D. Fulgencio y doña María del Rosario.

Recibiendo de éstos la educación más esmerada, deslizaron sus primeros años al calor del hogar paterno inspirándose en él la santa idea del trabajo y del amor á la patria.

Emprendió la carrera de Marina y sirvió en el cuerpo administrativo de la armada durante más de quince años. Durante este tiempo, antes que á su interés personal, atendió al exacto cumplimiento de su deber y á la noble aspiración de merecer la consideración de sus superiores.

Pero no era esta la carrera á que le llamaba su natural vocación.

Dedicóse al estudio del Derecho, por el que mostró gran predilección desde sus primeros años y concluyó su carrera recibiendo la investidura de Licenciado.

En actitud ya de dar libre curso á sus aficiones, deseoso de abrirse paso por medio de su carrera, llegó, merced á su gran inteligencia y laboriosidad, á desempeñar los cargos de oficial primero y oficial mayor del Consejo Real y luego del Consejo de Estado durante más de siete años.

Desde 1863 á Junio 1868 ocupó los puestos de Jefe de Sección, Director de Hacienda y Subsecretario del Ministerio de Ultramar.

Fué después secretario de la Intendencia general de la Real Casa y Patrimonio hasta los acontecimientos de Setiembre de 1868.

Cuando Doña Isabel II cesó de reinar, el señor Albacete, corazón hidalgo y leal, siguió á aquella señora en la emigración, y en el extranjero vivió hasta Noviembre de 1872.

Desde esta fecha á 1875 vivió consagrado por entero á su familia y al ejercicio de la Abogacía.

Al advenimiento de la restauración, en Enero de 1875, fué nombrado fiscal del Consejo de Estado. Inútil creemos decir que el señor Albacete hizo digno del puesto que le había conferido el Gobierno.

Fiscal del primer cuerpo consultivo de la Nación, sostuvo la integridad de la administración activa con severidad y con tesón en más de una vez; en sus informes tanto orales como escritos se descubre el verdadero carácter del jurisconsulto.

Desempeñó este elevado cargo hasta Julio de 1878 en que fué nombrado Consejero del mismo alto cuerpo consultivo.

En Octubre del mismo año de 1878 pasó á ocupar el puesto de Fiscal del Tribunal Supremo en el que permaneció hasta Marzo de 1879.

En esta época, encargado de formar Ministerio el general Martínez Campos, confirió la cartera de Ultramar al Sr. Albacete, que desempeñó hasta Diciembre del mismo año.

En su nuevo y elevado puesto, mostró una vez más su actividad y su inteligencia, al propio tiempo que probaba ser uno de los hombres más competentes en los asuntos de Ultramar.

Al ocurrir la crisis en Diciembre de 1879, hizo uso de la palabra en el Congreso con objeto de explicar los móviles á que había obedecido aquella. No era el político el que hablaba, era el hombre de administración, el carácter recto, imparcial é inflexible.

El país comprendió entonces, que al descender D. Salvador de Albacete del sitial, —á que sus talentos, su palabra y sus servicios le elevaron,—lo hizo porque la ambición del poder no se apoderó nunca de su ánimo sereno.

Reconociendo en 1881, el Gabinete presidido por el Sr. Sagasta, la raras cualidades que adornaban á D. Salvador de Albacete, le confirió la presidencia de la Comisión que junto con él constituyeron los Sres. Prieto Caules y Romea, encargada de negociar el tratado comercial entre España y Francia, como presidió en 1877 la Comisión nombrada para negociar un convenio. Formaron aquella Comisión con el Sr. Albacete los Sres. Nava del Tajo, Díaz del Moral y Bayo.

El asunto que motivó estos trabajos, fué principalmente el derecho de importación de nuestros vinos en territorio francés.

No obstante antiguos convenios celebrados con Francia, según los cuales debiera disfrutar nuestro país las ventajas de la nación más favorecida, hasta 1878 abonaron nuestros vinos comunes á su entrada en aquel territorio las tarifas generales, esto es, 5 francos por hectólitro, con el recargo de 32 más por unidad, si la fuerza alcohólica de los caídos excedía de 14°; entretanto que los vinos portugueses y austriacos pagaban sólo 30 céntimos de franco. La competencia era, pues, imposible; la situación de nuestro mercado vinícola no podía ser más triste y perjudicada.

Por dicha nuestra, fueron eficaces las diligencias practicadas por entonces sin levantar mano.

En Francia la mencionada Comisión presidida por D. Salvador de Albacete, en España los notables trabajos de distinguidos publicistas, muy competentes en materia administrativa, las insistentes y pertinaces reclamaciones de la prensa toda, expresión fiel y exacta en casos de esta índole, de los sentimientos y la opinión del país, las representaciones de algunos altos funcionarios de aduanas y las de los productores de vinos españoles, fueron eficaces, decimos, puesto que dieron por resultado el Convenio que empezó á regir en Abril de 1878 en las aduanas internacionales, según el cual establecióse por igual el tipo de 3 francos 50 céntimos para los vinos, así españoles como portugueses é italianos, á su introducción en comarcas francesas.

Ahora bien; no era eterno tal Convenio. Alcanzaban sus efectos tan sólo hasta Octubre de 1881, y aunque fueran en todo caso prorrogados por cuatro ó cinco meses, era preciso tener en cuenta que las nuevas tarifas votadas en la Cámara francesa, y promulgadas en Mayo de 1881, fijaban el derecho de 5 francos 50 céntimos por hectólitro de vino, más el recargo para los que excedieran de 15° de fuerza alcohólica, y era preciso también tener en cuenta que la mayoría de nuestros vinos ofrecen este exceso, en tanto que los de Portugal, Italia y Austria-Hungria no llegan á él generalmente.

En estas condiciones, la solución del problema se hallaba contenida en uno de estos dos extremos: ó aceptábamos este aumento último, ó pedíamos la tarifa de 3 francos 50 céntimos, acordada en 1877 para toda especie de vinos sin diferencia de poder alcohólico.

Tál era el importante asunto, de vivísima

entidad para uno de nuestros primeros ramos de producción, cuya inteligente gestión confió en 1881 el Gobierno del Sr. Sagasta á la Comisión que presidió el Sr. Albacete.

Grandes esperanzas concibió el comercio, la industria y la agricultura, al ver al frente de aquella Comisión á un hombre de la actividad, inteligencia y patriotismo del Sr. Albacete, y aquellas esperanzas no se abrigaban infundadamente, en nuestro sentir, puesto que el cargo que se le había conferido estaba por encima de los intereses políticos de un partido, pues que eran los intereses de la Nación entera, esperábase y se aguardaba, que sus buenos oficios cerca del gobierno de la República francesa, dignamente secundados por los de sus colegas en Comisión, darían por resultado conjurar los males que amenazaban al comercio en general y al de nuestros vinos en particular, y negociar un Tratado de Comercio por el cual pudiéramos sostener equitativa competencia con los demás países productores.

Después de haber discutido ampliamente los comisionados por el Gobierno de España con sus colegas franceses, para convenir en lo que era el objeto de sus encargos, firmaron en París el 6 de Febrero de 1882 el Tratado de Comercio entre España y Francia.

Este Tratado será un verdadero título de gloria y un alto motivo de patria gratitud, tanto para el Sr. Albacete como para los demás individuos de la Comisión cuya presidencia ejerció.

Al discutirse en el Congreso de los Diputados el proyecto de ley por el que autorizaba la ratificación del tratado comercial pronunció D. Salvador de Albacete una de sus oraciones parlamentarias más preciadas. No dijo más que lo que quería decir: esto, unido á la precisión en la frase, á la lógica persuasiva y profunda y á la forma de presentar los hechos, hacen de aquel discurso parlamentario una de sus obras más hermosas.

Después de haber dotado á la agricultura, la industria y el comercio, fuentes principales de la riqueza y bienestar de España, de un Tratado de Comercio tan beneficioso como el negociado entre las naciones francesa y española, consagróse el Excmo. Sr. D. Salvador de Albacete al ejercicio de su profesión, y al desempeño de sus múltiples cargos de vicepresidente de la *Junta de Aranceles y Valoraciones*, individuo de la *Comisión de Códigos*, Diputado á Cortes y otros varios.

En Febrero de 1885 fué nombrado gobernador del Banco de España, cargo que continúa desempeñando en la actualidad con la competencia y actividad que le han ganado el respeto y la admiración de cuantos rinden fervoroso culto al verdadero mérito.

Ha sido diputado á Cortes por la isla de Puerto-Rico, por la circunscripción de Cartagena y en la actualidad lo es por la Habana.

También ha sido senador por Cartagena. Los diferentes servicios prestados por don Salvador de Albacete á la nación, en diferentes épocas de su vida, le han valido algunas distinciones, de las que mencionaremos las siguientes:

Gran Cruz de Isabel la Católica.
Gran Cruz de Carlos III.
Comendador de número de Carlos III.
Caballero de la Espuela de oro.
Medalla de Italia.

Además, el ilustre hombre público de que nos ocupamos, divide el tiempo que le dejan libre sus múltiples y variadas ocupaciones entre el amor á la familia y el cultivo del divino arte de Mozart y de Rossini.

Si, en la música encuentra D. Salvador de Albacete el descanso de las graves y rudas tareas á que se dedica con sin igual laboriosidad.

En el arte encantador de los sonidos encuentra siempre el hombre bálsamo para cerrar todas las heridas, consuelo para todos los dolores, fuerza para marchar á la realización de su destino con pié seguro por el áspero, largo y trabajoso camino de la vida.

La música inspira los grandes pensamientos, que fortifican nuestro ser, despierta re-

cuerdos, aviva emociones y nos transporta en imaginación y en pensamiento á las regiones donde se realiza lo bello.

El hombre no vive sólo de la vida exterior: sus ideas, sus sentimientos, se pierden como la esencia de las flores en el seno del arte.

En este seno, embellecido por las selectas é inspiradas obras que nos han legado los grandes maestros, se apacifica la vista y se eleva el pensamiento á regiones suprasensibles, al escuchar las divinas armonías producidas por los más preclaros artistas, á cuyo frente se encuentra el clásico, sereno y correctísimo Mozart.

En el seno del arte no logran penetrar las agitaciones y contiendas de la vida exterior, que dividen á los hombres en las candentes luchas sociales ó políticas, pues al dedicarse al cultivo del arte, todos renuncian instintivamente á extrañas aspiraciones, para concretarse á una sola, rendir tributo de admiración á las bellezas creadas por la humana fantasía.

El hombre que consagrado á la santa causa de impulsar la riqueza, el bienestar y el trabajo, siente el arte, tiene mucho adelantado para realizar su destino que es hermoear y engrandecer al hombre.

Tal es la fisonomía moral é intelectual de don Salvador de Albacete: fijémonos en la física.

Su misma figura predispone en su favor. De elevada estatura, de hermosa y artística cabeza, de poblada barba negra, mezclada de algún que otro plateado hilo, de frente espaciosa, de expresiva mirada, de andar solemne y desembarazado, cuando habla es vehemente y lleva con facilidad el convencimiento al ánimo de cuantos le escuchan. Los que no le conocen bien, le tildan de carácter áspero; pero el que llega á tratarle con alguna intimidad, combate á los que no aprecian todo lo que vale.

Al concluir esta silueta permitásenos una reflexión. El gran distintivo de D. Salvador de Albacete, acaso el primero, es su carácter moral; nadie puede dudar, ni sus enemigos, si es que los tiene, de la rectitud de sus móviles, de la nobleza de su alma, de la integridad de su vida. Posee la cualidad inapreciable de la modestia, y ya que tantas reputaciones llenan con sus nombres vanos todo espacio, deber es de los que rendimos culto á la verdad y á la justicia, volver alguna vez por sus hollados fueros, reivindicando para la pública opinión los títulos valederos que para con ella cuentan hombres como el que es motivo y asunto de estas desaliñadas líneas.

Las reputaciones usurpadas son como súbitos incendios, que brillan entre ruinas y por breve tiempo, envueltos en polvo y humo asfixiantes. Las reputaciones legítimas, como la del Excmo. Sr. D. Salvador de Albacete y Albert, brillan siempre con la misma intensidad y sin oscilaciones, á manera de viva luz encerrada en fanal transparente, del viento y de las inconstancias atmosféricas defendida.

Terminamos, pues, pidiéndole perdón por habernos permitido publicar, sin su consentimiento, estos ligeros apuntes de su vida.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN.

EN EL ANIVERSARIO DE CERVANTES

¡Y era manco...!

Con extraña habilidad
un soldado, poco á poco,
queriendo pintar un loco
retrató á la humanidad.
Como dijo la verdad
dejó al mundo descontento,
y, mendigando el sustento,
murió de hambre el pobrecito
acusado del delito...
de tener mucho talento.

En obra tan singular
que rival no ha de tener,
España aprende á leer,
el mundo aprende á pensar.
De aquel tesoro sin par,

Cervantes con rica vena,
puso tanto en cada escena,
en una página sola,
que (aun siendo la obra española)
España la encuentra buena.

Hoy dice el mundo (y se engaña)
«¡Pues no era manco el autor!»
más quien hizo tal primor
salió manco de campaña.
Si por la gloria de España
que en el *Quijote* se encierra
Europa nos arma guerra,
decid con desdén profundo:
«El mejor libro del mundo
lo escribió un manco en mi tierra.»

LEOPOLDO CANO Y MASAS

BELLAS ARTES

CASTO PLASENCIA

II

A un cuadro magistral debió su pensión en Roma este artista. *El rapto de las sabinas*, por su composición sabia y sus contrastes geniales, fué como una evocación del mundo colosal antiguo, cuyas ruinas iba á visitar el pintor. Tienen las figuras de este lienzo la grandeza histórica de una página de Tácito, y el trágico movimiento de una escena de Shakespeare. El episodio de violencia, que marca capitalmente la idea del cuadro, se halla representado por modo vigoroso y con natural observación. Una mujer rubia, desnuda de medio cuerpo arriba, es llevada en brazos de un raptor, cuyo gozo tiene mucho del triunfo de un combate y del logro de una caza. Esta mujer, que ha perdido en la refriega una sandalia, va desmayada. Sus carnes delicadas de rubia, no han podido resistir, sin desfallecer, al choque rudo de músculos de hierro. No así la compañera, de negros cabellos, de naturaleza bien templada, que tiene al lado; ella lucha á brazo partido con los hombres que la codician como fieras.

Hay en este cuadro gran sobriedad de detalles; los accesorios, con clásico tino escogidos, se reducen á un arco, un pórtico y cascotes, panderetas y jarros esparcidos por el suelo. Fijan, pues claramente el lugar y la acción.

Plasencia envió por primera vez de Roma una copia (como manda el reglamento). Con esta obra, ejercitose en seguir los trazos gigantescos con que Miguel Angel creó *Isaias* de la capilla sixtina. El segundo envío (ya cuadro original), representaba *Venus y amor*. Es esta una composición toda luz, gracia, delicadeza. Una mujer, de suave hermosura, incita, con una flecha, á un niño indecso. Muestra ella en su actitud, deliciosa coquetería. Está indolentemente tendida, y se ve que sus labios, pegados en pintoresca sonrisa, han hojeado muchas veces el libro de los besos amorosos. El fondo de este cuadro es pompeyano. El haber sacado las carnes de estas figuras sobre un fondo rojo, es un esfuerzo de color que realizó con éxito un principiante, pero que pocos de los llamados maestros lo intentan siquiera.

Origen de la República romana, fué el «cuadro histórico» que constituyó el tercer envío. En el Museo del Prado, es contemplado al par que las obras legadas por los viejos maestros, y las producidas por contemporáneos. La grandeza escultórica de los personajes, el atrayente movimiento de las masas, las poéticas, aunque severas lejanías de la Ciudad Eterna, forman un espectáculo ante el que el espíritu se pasma admirado.

Otras obras importantes ejecutó Plasencia en Roma. Allí está fechado el *Retrato del cardenal Benavides*, excelente en su género. Vino luego un sin fin de cuadros de venta: rayos del sol que se convertían en monedas de oro. La epopéyica estrechez en que fué pintado el enorme lienzo del *Origen de la República romana*, abrió al fin una puerta á la holgura. No fueron ya aquellos muros de tela, en que se quedarán pegados los colores de un almacén. Cañamazos de dimensiones más reducidas

recibieron los brillantes bordados del pincel, con que el heroico artista afinaba su genio y enriquecía su bolsillo.

Innumerabilidad de obras varias salió desde entonces del taller de Plasencia. Sin renegar, como otros, de España, en ella ha encontrado un mercado abundantísimo para sus cuadros. Sin alguna de esas fulgurantes armonías de colores que forman sus composiciones, el salón de más brillo se considera oscuro, falto de atractivo. Tal vez, por esta aceptación constante, creciente que alcanzan sus creaciones, sea su pincel uno de los que más obras maestras firman actualmente.

Por breve que fuere la presente reseña, no es posible desviar la atención de aquella acuarela sin par, que con el título de *El Trovador*, figuró en el Album de la Academia de Jurisprudencia. El Macías está representado en la figura de gallardísimo mancebo, de amplia melena, ojos extáticos, rostro de baronil hermosura, sombreando los labios ligero bozo. Trae terciada una mandolina, cuyas cuerdas puntea con los dedos, puñal al cinto, ropilla de terciopelo con bullones blancos, calzón de punto negro y escarcela pendiente de la cintura. Sirve de fondo á esta figura riquísimo tapiz de águilas imperiales. En toda la composición no hay una sola línea que no sea un detalle. Por lo demás, el apuesto mozo, en su elegante actitud de tenor de aventuras sentimentales, es como la personificación de un canque simbolizara el amor; el profundo, sintético sentido de esta incomparable acuarela hace de ella una epopeya en una figura.

Otra acuarela es *El viejo verde*, el cual aparece sentado en un banco del Retiro, contemplando con sensual codicia los incitantes y ondulosos talles de las muchachas que pasean, saltan y juegan como cabritillos. Esta obra es admirada por la intención de la idea, patentemente expuesta, y la exquisita distribución de la luz y las sombras en perspectiva.

La Bacante es un hermoso estudio de figura. Es una mujer, de formas angulosas, aunque sensuales. Tiene copa y jarro en las manos, como invitando á beber. Está en una habitación de estilo pompeyano.

En mi estudio. Este es un cuadro de color. Representase en él una mujer, en la posición de un modelo en reposo. Viste traje de delicadas transparencias, raso arriba, terciopelo por abajo. A su alrededor, forman una orgía de matices, de reflejos, de chisporroteos de oro, los arcones chapados, las mesas de incrustaciones nacarinas, los jarrones de cambiantes vidriados, los tapices de sólidos y vistosos colores. Este cuadro, cuyo asunto suele ejercer irresistible influencia sobre los grandes coloristas, resulta una maravilla. Reproducir, con efecto, el estudio de un pintor, es como retratar la pintura misma.

Una cabeza, de estudio. Es un hermoso busto de anciano. Déjase caer sobre el pecho barba frondosa; la frente ráyase de finas arrugas; son cerdosas las cejas; las manos se miran cruzadas de tendones, dando energía á la figura. Trajos, que recuerdan lujo, cubren su cuerpo. Hay en esta obra visibles esfuerzos de habilidad, deseos de traspasar el límite de ejecuciones anteriores.

El baile flamenco y El derribador de reses son dos cuadros de género, desarrollados con gentil brio. *El baile flamenco* se celebra en un patio de Sevilla. En el centro, palmorea y baila una gitana.

No lejos, rodean una mesa, aderezada con todos los preparativos de la borrachera, varios chulos; uno de ellos toca la guitarra, á cuyo compás salta la bailadora. Los vecinos se asoman á los corredores, que circundan en alto el patio; todos ellos demuestran, por sus gestos macareños, sus semblantes regocijados, que participan con gusto aquella fiesta. Los accesorios no pueden ser más primorosos, ni estar más impregnados de realidad. El pozo techado; el arriata con flores al pie; la caterva de macetas, coronadas de verdura, que se extienden en orden asequeable al riego; las torres de la ciudad, alargando hacia el azul espacio,

por cima de los tejados sus aéreas espadañas, son detalles que constituyen una encantadora poesía popular, sirviendo, como de réplica, á las sentidas, vibrantes coplas del baile flamenco.

En *El derribador de reses* repodúcese un picador, de pie en una dehesa, con la chaqueta torera al hombro, la pica echada á la espalda, y un brazo en jarras. No lejos se divisa un imponente grupo de toros de plaza. Es un cuadro, en que el paisaje y las figuras se conciertan como notas semejantes. Por él mereció Plasencia la cruz de Santiago de Portugal. El cuadro se halla en el Museo de Lisboa.

III

Para ciertos artistas no existe la vida ordinaria, á que son propensos los espíritus de cortas alas, los bien organizados cerebros convierten en sustancia de belleza los hechos más insignificantes. Convendréis conmigo en que es cosa corriente, cuando se tienen ganas y dinero, hacer un viaje. Una herencia, la salud, mero recreo, el íman de un negocio provechoso mueve á los simples mortales á meterse en el tren. No sucede lo mismo con el artista genial; éste viaja en busca de un cuadro, de un drama, de un poema, de un canto inédito entre las hojas de los árboles y en la voz de la brisa.

Plasencia, después de su ruda labor invernal en Madrid, veranea, no por placer, lucro ó reposo, sino por cambiar de sitio el caballete de su estudio. En estas excursiones, ó, si os parece mejor mudanzas de utensilios de pintura, no va solo; acompaña un amigo y una dama: el trabajo y la gloria. Con ellos recorre las provincias del Norte de España, cuyos lugares, moradores y costumbres, nada tienen que envidiar á las de las comarcas idílicas de Suiza.

Sus cuadros de *Escenas asturianas* reproducen, con la magia del color, trechos lindísimos de aquel país de égloga. No falta en estas composiciones, en que la naturaleza pone de manifiesto sus prestigios más seductores, la vida del sentimiento, latiendo en pechos juveniles é iluminando rostros alegres. A veces, alguna figura, ensombrecida por la suave penumbra del follaje, es expresión de tristeza. Esta nota melancólica es el alma del artista que llora donde todo sonríe.

En este género de obras, débense á Plasencia verdaderas maravillas. Recuérdase desde luego el encantador cuadro titulado *¡Dios mío! ¿Arribaran?* Una familia de pescadores, agrupada en la playa, espera la llegada de un barco, visible ya entre las lejanas curvas de las olas. Son las actitudes de esta gente, con los brazos levantados, los ojos fijos con ansia en el mar, los pies desnudos, clavados en la arena reblandecida por las inmediatas aguas, dulcemente conmovedoras. Relieve, verdad, expresión, luz, vida íntimamente sentida, se encuentran á primera vista en este cuadro.

Adán y Eva es una composición intencionada, de delicadezas agrestes, inspirada también en la idea general de *Escenas asturianas*. Un primoroso paisaje, aéreo y calado como fina labor de pasamanería, sirve de escenario al sencillo espectáculo, asunto del cuadro. Bajo un manzano, salpicado de fruto, apuesto mozo piropea á rústica muchacha. Ella tiende un brazo á una rama, y sonriente, pensativa, escucha las palabras balbucientes y ardorosas de su amante, cerca hay un cubo volcado entre peñas, por donde se desparraman los hilos de un manantial. Algunas casitas próximas ofrecen armónica perspectiva. Fresquísimos tonos, claridades rientes brillan en toda esta composición.

Sobre parecida base se funda el pensamiento generador de *Echando el filo*. Parece realmente que el pintor ha sorprendido á la pareja de enamorados, que, á la sombra de un toldo de viva hojarasca, coloca dulcemente. Un cántaro, cuya boca recibe la madeja de luz de un caño de agua, es el pretexto que disculpa la entrevista. Mariposea en los ojos de la moza la alegría; alegría que levanta su seno y enciende sus mejillas. El galán está serio; asómense á su rostro las angustiosas incertidumbres de un amor, todavía no compartido. Visten estos

aldeanos trajes de escrupulosa exactitud local; no por eso dejan de ser pintorescos en extremo. Es bonito el grupillo de cabras que roen la yerba, trepando por las alturas del terreno.

En *La fuente del Castañeu*, robustas y garridas muchachas desempeñan, junto a una fuente, la patriarcal faena de Rebeca. Con el ancho calzado de madera en los pies, recogidas las faldas hasta media pierna, hinchen y colocan en la cabeza jarros y cántaros, animando una escena popular con sus movimientos, sus miradas y el relampagueo bermejo de sus risas. El sol penetra allí tamizado por la red de las hojas. Hay en este cuadro, de asunto tan sencillo, una fuerza de color, una exuberancia de vida difíciles de hallar en los de su especie.

Por último, pertenece igualmente a las *Escenas asturianas*, el lindo cuadro en que se representa una plazoleta del pueblo de *San Esteban*. Rodean a aquel rincón de lugarejo, casucas ruinosas. Varios muchachos se entregan a sus juegos, poniendo una nota regocijada en un lugar triste.

La poesía campestre que hemos aspirado, con el húmedo perfume de los hierbajos de arroyo, en las *Escenas asturianas*, se desvanece, entre nubes de incienso y cantos de arcángeles, al llegar a San Francisco.

En las bóvedas de este templo se ha subido Plasencia al cielo. Ascendiendo por andamios, su pincel se ha elevado a mundos de suprema belleza.

En colaboración con D. Carlos Rivera, ha pintado Plasencia el coro. Allí aparece San Francisco depositado en la Porciúncula. Su cadáver es visitado por todas las clases sociales. Sobresale esta obra, de grandes dimensiones, por su composición, dibujo y colorido.

Del mismo Sr. Plasencia son *La Asunción de la Virgen* y *San Miguel y San Gabriel*, que se exhiben en tres de los lunetos de la cúpula central de San Francisco. Osténtase la majestuosa figura de la Virgen en su triunfo, sostenida por nubes, acompañada de ángeles. En la gloria la aguardan santas con palmas. Más arriba la Santísima Trinidad le ofrece la corona de reina celestial. En esta composición, como en los *Arcángeles*, admírase exquisito gusto y finísimo color.

Pero donde el arte contemporáneo ha dado prueba irrecusable de gigante vitalidad, es en la bóveda de la capilla de la orden de Carlos III, de igual iglesia. En el frente de la capilla irá representada la fundación de dicha orden. Primeramente, Carlos IV aparece arrodillado para recibir el collar de manos de la Concepción.

Un ángel le entrega la espada de caballero.

Más arriba están los coros celestes que entonan un himno.

La celebración de este suceso en el cielo, desarrollado en el incomparable fresco del techo, es una de las páginas más hermosas que tiene la pintura del día. Plasencia ha realizado un prodigio. Puede afirmarse que este fresco reúne, depura, completa, lleva a la perfección las tradiciones parciales que había, hasta ahora, sobre esta clase de obras.

Verdad es que Goya nos fascina con sus frescos de San Anton de la Florida. El color se ha vertido en aquellas bóvedas á torrentes. Pero, las figuras son profanas; las actitudes, destituidas de unción religiosa; el dibujo incorrecto. No es menos cierto que, en sus frescos venecianos, el gran colorista Tintoretto, desató tempestades de matices; mas nunca brilló en ellas la luz, ideal que persiguió toda su vida.

Tiépolo, fué todo lo contrario: luminoso, aunque sin color. Estos tres maestros, trasladaron a los frescos, los méritos ó defectos de sus cuadros, sin distinguir el techo del lienzo.

En el fresco del Sr. Plasencia se observan cumplidas con un acierto, y al par, una delicadeza singulares, las exigencias del género.

Un ángel rubio, de alas de nieve, de veste clara, alza los brazos torneados, para dar una nota, cayendo sobre las teclas del órgano. Véase en el centro de la composición; como atraído por la música, formando coro á los sonos del órgano, descende mágica banda de ángeles.

A los lados, agrúpanse otros músicos celestiales, constituyendo simbólicamente, una orquesta en el Paraíso; materialmente una sinfonía en la paleta.

Luz suave de cielo lejano baña el místico concierto. Sobre ella se deslían ténues tintas medias grises azulados, de una finura y transparencia, como si todo aquello estuviera pintado en nácar. Un mismo color salta aquí y allá, como la frase brillante de una melodía. Como arpeggios serpentean los diversos matices, perdiéndose ó vigorizándose, tomando calor en un reflejo encarnado, ó enfriándose en la cenicienta masa de una nube.

Acentúanse las figuras, por su enérgico relieve, sobre la vaguedad vaporosa de gasa que las rodea. La blancura de las carnes, de los rostros, de las vestimentas angélicas, destacándose sobre un fondo luminoso es una maravilla del arte pictórico. El decorativo se sale, de este modo, de la pared, y toma la amplitud, la originalidad, la independencia de la obra genial.

Exprésase, en las actitudes naturales y artísticas de las figuras, serenidad dulcísima. Aquellos ángeles forman un pueblo de almas puras, que sienten sobre sus goces, un nuevo éxtasis. La fantasía al pintar esto, ha arrancado á los sueños religiosos lo que de realidad tienen. Es esta concepción, vaga y preciosa, robusta y leve, palpitante de vida, como bañada de claridad y fulgurante de colores, una iluminación paradisiaca en la tierra.

No se obedece en ella al misticismo idealista, sin consistencia en las artes plásticas; óbrase, en su desarrollo, á impulsos de una imaginación moderna que vive entre las cosas humanas. De aquí el misterioso encanto de esta obra de Plasencia. Contemplándola, digérase que la capilla no tiene techo, sino que realmente, la vida del cielo se ve, por allí, en el espacio.

JOSÉ DE SILES.

A CERVANTES

Tal vez á tu memoria se eleva un eco triste
Que á tu mortal destino acusa del cruel,
Clamando que en tu patria del mal la presa fuiste
Y víctima en Lepanto y martir en Argel.

Tal vez á tu memoria un alma dolorida
Lamenta de la injusta y ciega humanidad
Que empiece donde acaba la noche de tu vida
Del astro de tu gloria la inmensa claridad.

Más ¡ah! de tu existencia el duelo más profundo
Fué mudo y misterioso dolor que no se ve;
Del genio con las alas cruzando por el mundo,
Tu anhelo fué más alto, más grande tu mal fué.

—Nacer de luz ansioso, y hallar la noche oscura,
Tender al bien los brazos, y hallar los del rigor;
Nacer soñando un cielo, y verse en esta hondura
Do la más alta gloria es sierva del dolor.

Sentir el ansia eterna de penetrar el velo
Que ha envuelto ya en la sombra generaciones mil,
Fijar en las alturas los ojos con anhelo,
Y ciego ser, y esclavo de la materia vil.

Tener ensueños de ángel del hombre en la morada,
De la ideal grandeza sentir la inspiración,
La imagen concebida buscar humanizada,
Y hallar el desencanto que oprime el corazón.

Querer del mundo loco regir el rumbo incierto,
Buscar en las tinieblas el germen de su mal,
Soñar con el oasis y errar por el desierto.
Llevando sobre el alma la pena universal.

¡Tal es el mal gigante que lucha en sorda guerra
Con el gigante espíritu del mundo valedor,
Tal es el mal del genio que cruza por la tierra,
Tal fué tu gran batalla, tal fué tu gran dolor!

Tres siglos han unido su aplauso á tu memoria,
La humanidad avanza su error dejando atrás,
Y aun mira el alma triste, despues de tanta gloria,
Que el mundo, el pobre mundo no puede darte más.

En medio á la tristeza del misero abandono,
Para calmar tus sueños, tu ardiente frenesí,
¿Qué pudo darte el hombre? ¿Un miserable trono?
Y bien ¿qué hubiera sido un trono para tí?

¡El genio, que en el mundo su espíritu no encierra,
Ya luce con la duda, ya brilla con la fe,
Cuando halla en un camino el cetro de la tierra
Le mira y desdenoso le aparta con el pie!

¡Más grande que tu fama, más alto que tu nombre,
Tu espíritu vivía del bien eterno en pos;
Ejemplo tu grandeza y admiración del hombre
Honrarla pudo el mundo, premiarla solo Dios!

EVARISTO SILLÓ.

LAS MANCHAS DEL SOL

(De camilo Flammarion)

Suelen aparecer periódicamente en el sol grupos de manchas que pueden ser observadas á simple vista por medio de cristales ahumados. Con auxilio de unos gemelos, el espectáculo es en extremo interesante.

El astro del día alcanza cada once años uno de esos períodos de actividad que se manifiestan por una recrudescencia muy notable en el número de sus manchas y en la violencia de sus explosiones.

En 1871, ó mejor dicho, á fines de 1870, se contaron 304 manchas ó 3.400 protuberancias.

A partir de esta fecha, la actividad solar disminuyó de año en año para llegar á su mínimum en 1878, ofreciendo tan sólo 19 manchas ó 500 protuberancias.

Desde esta época el astro adquirió progresivamente nueva actividad exterior, y en 1882 se observó un desarrollo máximo de tan sorprendentes manifestaciones.

No pasa día, por decirlo así, sin que se puedan designar grupos de manchas ó ver aparecer en el borde solar misteriosas llamas proyectadas á fantásticas alturas en la inflamada atmósfera.

Las dimensiones de las manchas solares son sumamente variables: desde sencillos puntos, desde imperceptibles poros que tan sólo se observan por medio de poderosos instrumentos, hasta las manchas visibles á simple vista, porque nuestro planeta, alejado á la distancia del sol, sería absolutamente invisible á nuestros ojos.

Representando el globo colosal del sol por medio de una esfera del diámetro de la cúpula del Panteón de París, la tierra sería representada en su exigüidad relativa por una bala de 19 centímetros de diámetro. La cúpula del indicado edificio tiene 21 metros.

En efecto, el diámetro del astro del día es 108 112 veces mayor que el de nuestro globo, lo cual le da un volumen 1.279.000 veces más considerable; á la distancia de 148 millones de kilómetros que de él nos separan, aquel globo colosal se halla reducido á un diámetro angular de 32' arco. Esta es la magnitud aparente de un disco de 1 metro de diámetro visto á 106 metros, ó un disco de un centímetro situado á 1,06 metros del observador.

Á la distancia del sol la tierra se halla reducida á un diámetro angular de cerca de 17 segundos, es decir, de un disco de un centímetro alejado á una distancia de 116 metros, la vista más perspicaz no lograría distinguirlo.

Hay manchas solares que miden más de un minuto de diámetro, ó sea la 32.^a parte del diámetro del sol ó 43.000 kilómetros; esas manchas son tres ó cuatro veces más anchas que la tierra y pueden ser observadas á simple vista.

Las tales manchas, grandes ó pequeñas no se forman al azar en todas las regiones de la esfera solar, sino tan sólo á cada uno de los lados del Ecuador, al Norte y al Sur, en dos zonas bautizadas por el P. Echeiner con el título de *zonas reales*. Es raro que se observen en el Ecuador, y más raro aún que se presenten más allá del 40° de latitud.

Su atento exámen ha demostrado que el

globo solar gira lentamente sobre sí mismo, pero no con un movimiento uniforme en todas sus partes; la rotación se efectúa con mucha mayor rapidez en el Ecuador que en las latitudes lejanas, siendo de 25 días en el Ecuador, de 26 hacia el 25° de latitud, de 27 hacia el 40° y de 28 hacia el 50°.

Además de las manchas, se notan por regla general en la superficie del astro regiones más blancas, más luminosas que el mismo sol, las cuales aparecen en los alrededores de las manchas y hacia los bordes de la esfera, cuando se presentan oblicuamente.

Las protuberancias ó llamas exteriores en el cuerpo solar; que surgen del globo y se cubren de lenguas de fuego, no se veían antiguamente más que en los raros momentos de los eclipses totales, cuando la luna, al ocultar el radiante disco del inmenso astro, las permitía destacarse con un color sonrosado sobre el fondo del cielo.

Hoy día, paseando el espectróscopo por el borde solar, se las ve claramente, se las designa y se hace su estadística al igual que la de las manchas.

En tan poderosos instrumentos, la superficie del sol no aparece uniforme, homogénea, lisa, como se suponía, sino granulosa. Estos granos luminosos constituyen el origen de la luz que nos alumbra y del calor que nos da la vida; mínimamente de 100 á 250 kilómetros de diámetro, flotan como nubes en un centro sombrío, y varían rápidamente de número y de condensación. Por regla general, las manchas comienzan por ángulos practicados en dicha capa, que han recibido el nombre de *fotoesfera*.

Aún no conocemos por completo el carácter de las manchas solares, Todo, sin embargo, induce á creer que son aberturas llenas de vapores oscuros y bastante densos. Sus cambios de forma son rápidos. Cuando se encuentran junto al borde, su aspecto corresponde á la idea de aberturas poco profundas.

Los fenómenos solares, manchas, protuberancias y fáculas *se van multiplicando constantemente* y desarrollándose desde 1878, año del último mínimum. Estas tres manifestaciones caminan siempre á la vez hacia su máximum, aunque la marcha que siguen no es completamente homogénea. A veces, en un período de tiempo, se observan menos manchas que en otro período anterior de igual duración, y en cambio, se notan más protuberancias y mayor número de fáculas.

Las protuberancias no son, pues, el resultado de explosiones ocurridas en las manchas. Las tres clases de fenómenos tienen, sin duda, algun parentesco, puesto que pertenecen todos á la física solar; pero no existe solidaridad entre ellos. Púedese también afirmar que la marcha ascendente de uno y otro no es regular ni uniforme, se verifica por medio de sacudidas, de sobresaltos, de intermitencias, por intervalos de reposo y de longitud. Todo esto merece ser estudiado con atención y profundidad.

¡Es imposible que deje de interesarnos el conocimiento del magnífico astro!

El nos infunde la vida, y todos los destinos de los seres de la tierra se hallan pendientes de sus rayos. Es, á la vez, la mano que nos sostiene en el espacio, la antorcha que nos ilumina, el hogar que nos calienta y el manantial poderoso donde brotan todas las energías. Como ya lo expresaba hace diez y ocho siglos Theon de Ksmirna con una feliz metáfora, es el sol verdaderamente el *corazon* del organismo universal, puesto que sus palpitaciones lanzan á su alrededor, en el espacio, las olas de la vitalidad planetaria. Si se detuviera un instante, si variase su brillo, si su energía calorífica se tornase más violenta ó si se interrumpieran de repente sus emisiones, la humanidad entera experimentaría los efectos de este cambio, la actividad personal cesaría y todos veríamos llegar aterrados y sin esperanza alguna la universal agonía.

Así como la fuerza que da movimiento á un reloj es originaria de la mano que le ha

dado cuerda, de igual modo proviene del sol toda la potencia terrestre.

El mantiene el estado líquido del profundo Océano, del río que corre al través de las campiñas, del susurrante arroyo y de la bullidora fuente: el agua sin él sería roca. El viento que sopla, la nube que pasa, la hierba que verdea, el bosque con sus misteriosas sombras y la flor con su hermosura y su perfume... á él se lo debemos. Hace girar la tierra, nos trae el cambio de las estaciones, gime en la tempestad y gorgoea en la infatigable garganta de las aves.

El caballo, al andar, se mueve en virtud del combustible que le ha prestado el sol, y el molino que gira es movido por el astro bienhechor.

La madera que nos calienta en invierno no es otra cosa que sol en fragmentos; y en noche oscura y tenebrosa el impetuoso trenque arrastra como gigantesca serpiente y penetra en las montañas silbando ruidosamente... es también hijo del esplendoroso lumínar, puesto que el carbón que nutre las entrañas del formidable monstruo no es otra cosa que sol conservado por espacio de millones de años en los bosques geológicos del período de la hulla.

El sol llega á nosotros bajo la forma de calor y en igual estado nos abandona; pero entre su llegada y su partida hace brotar todas las fuerzas vitales de nuestro planeta.

Y ¡qué prodigio! ¡qué poder! ¡qué energía! ¡qué esplendor!

El calor emitido por el sol en cada segundo equivale al que resultaría de la combustión de once cuatrillones seiscientos mil billones de toneladas de carbón de piedra ardiendo á la vez.

Este mismo calor haría hervir en cada hora dos trillones novecientos billones de kilómetros cúbicos de agua á la temperatura de hielo.

Damos el nombre de llama y fuego á lo que arde y quema; pero los gases de la esfera solar son elevados á un grado tal que no les es posible quemarse. Hállanse disgregados y no pueden combinarse. Los vapores del magnesio, del hierro y de otro gran número de metales impregnan el incandescente hidrógeno. Si queremos dar á la capa superficial del globo solar el nombre de *océano fuego*, es preciso que imaginemos un océano de un ardor inconmensurable y de profundidad mayor que la anchura del Atlántico.

Si llamamos huracanes á los movimientos observados en el sol, debemos notar que nuestros huracanes soplan con una fuerza de 160 kilómetros por hora, mientras que allí tienen una violencia de 160 kilómetros por segundo: nuestras más impetuosas tempestades, en comparación de los movimientos que agitan el sol, no pueden considerarse sino como soplos infantiles.

¿Compararemos las explosiones solares con nuestras erupciones volcánicas? El Vesubio ha sepultado á Herculano y Pompeya entre sus lavas... Pues bien, una erupción solar, elevándose instantáneamente á 100.000 kilómetros de altura, cubriría con su lluvia de fuego á la tierra entera, reduciendo á cenizas toda la vida terrestre.

La inflamada capa del sol, sus partículas brillantes, flotan en un océano de gases; la superficie granulosa no es, propiamente hablando, ne sólida, ni líquida, ni gaseosa; es nebulosa, y descansa sobre el globo solar el cual parece estar formado de un gas enormemente condensado.

Estamos, sin embargo, muy lejos de conocerlo todo.

El magnetismo terrestre, los movimientos de la brújula, las oscilaciones de la aguja imantada, las auroras boreales, todo esto se halla en relación ignorada con la actividad del sol.

En 1882 apareció una inmensa mancha en el sol, como una inmensa araña suspendida en los hilos de su tela. Pues bien; aquella mancha influyó en las líneas telegráficas, y al mismo tiempo se observaron numerosas auroras boreales desde muchos puntos de la tierra.

La vida del universo palpita en estas misteriosas manifestaciones.

¡No hacemos otra cosa que empezar á leer las primeras páginas del gran libro de la Naturaleza!

NICOLAS DÍAZ Y PÉREZ

¡CERVANTES!

Si de Norte á Mediodía,
En uno y otro hemisferio,
No abarca ya nuestro imperio
Los pueblos que abarcó un día:
Por un nombre todavía
Somos lo que fuimos antes;
Pues los que más arrogantes
Las glorias de España ultrajan,
Callan y la frente taján
Cuando decimos: ¡Cervantes!

Roma y Grecia, que al acero
Del bárbaro el cuello dan,
Hoy viven y vivirán
En *Virgilio* y en *Homero*.
Contra el destino severo
Que así en los pueblos se ensaña,
Un libro nos acompaña
Al eterno porvenir...
¿Puede el *Quijote* morir?
Pues morir no puede España.

Vosotros, que al grito santo
Respondéis de Patria y Gloria,
Venid, honrad la memoria
Del *Soldado de Lepanto*.—
¡Gloria al que es del orbe encanto!
¡Gloria al ingenio fecundo,
Festivo á un tiempo y profundo!
¡Gloria al *Cautivo de Argel*!—
¡Aún nos llamamos por él
La primer nación del mundo!

VENTURA DE LA VEGA.

Abril de 1862.

ANALES DE LA ASOCIACION TAQUIGRÁFICA

SESIÓN INAUGURAL

Cuando una sociedad quiere dar todo lo que posee, sin empobrecerse ni arruinarse, no puede buscar sus dádivas en el fondo de sus trojes, ni bajo el techo de sus graneros, ni entre los férreos tabiques de sus cajas; ni puede dar tampoco el pan con que el cuerpo del hombre se sustenta, ni los tejidos de entrelazadas fibras con que de la inclemencia se defiende, ni el calor de sus órganos ni la luz de sus ojos, porque con esto consumiría muy pronto sus recursos y dejaría en pie y sin resolver el problema de las necesidades humanas, siempre crecientes, nunca satisfechas.

Cuando una sociedad quiere dar todo cuanto posee sin empobrecerse ni arruinarse, acude en busca de sus dádivas al inagotable tesoro que el alma encierra; recurre al fondo en donde se guardan las más preciadas facultades del espíritu; descubre el depósito sagrado de la luz que nunca se extingue, del sentimiento que sostiene y da vida á nuestras más dulces esperanzas, á la actividad productora que todo lo anima y todo lo transforma; y repartiendo así, entre los que á ella acuden, fuerza en vez de materia, calor en vez de abrigo, vida en vez de pan; dándoles ideas para su espíritu en vez de sangre para sus arterias; energía para sus facultades en vez de latidos para su corazón, alma en una palabra para que se eleven sobre el suelo, en vez de cuerpo que á él les encadene... consigne enriquecer á los demás, sin que se gasten ni consuman sus propios fondos.

Esto es precisamente lo que hacen las sociedades que se dedican á extender un ramo cualquiera de la pública enseñanza y mejorar la condición de los que á este mismo ramo se dedican, esto es lo que practica la *Asociación Taquigráfica*: Ponderar cuan meritoria y grande es esta conducta, no es empresa fácil, mejor es sentir y confe-

sar dentro de nosotros mismos su inestimable valía, que pretender juzgarla y aquilatarla con tosca pluma.

Antes de consignar los hechos y hacer la descripción de la solemnidad verificada el domingo 28 de Junio de 1886, en el salón de actos públicos de la *Sociedad Económica Matritense*, vamos á permitirnos por vía de prólogo algunas ligerísimas reflexiones encaminadas á demostrar lo que es y lo que representa la *Asociación Taquigráfica*.

Según el Reglamento, la Asociación tiene por objeto inculcar afición al estudio y práctica del arte taquigráfico, propagarle y generalizarle, procurando el consorcio, ilustración y mutuo provecho de cuantos se dediquen al cultivo del invento de Martí.

El pensamiento que entraña la creación de la *Asociación Taquigráfica*, no es un hecho aislado, es hijo más bien del singular privilegio que tiene nuestra querida patria de caminar por la senda nuevamente emprendida, con paso más rápido que ningún otro pueblo.

Porque hoy, por fortuna nuestra, como si España despertara de un prolongado sueño; como si un nuevo espíritu de renacimiento nos animara, hemos convenido en la necesidad de propagar todo lo que sea útil y necesario, y al efecto se crean en todas partes centros más ó menos grandes para agrupar á todos los que se dedican al cultivo de determinada ciencia ó arte.

Iniciado el movimiento, deber era, de los que se consagran al noble y honroso ejercicio de fotografiar la palabra, llevar su piedra al edificio común y ayudar, en la medida de sus fuerzas, á que llegue aquél á su término debido.

Y hé aquí que el joven y laborioso taquígrafo D. Enrique Guaza y Gomez-Talavera concibe la idea de crear la *Asociación Taquigráfica*, y dar forma real y positiva á lo que era una necesidad imperiosa.

Pero hay en el despertar de una idea algo del despertar del día. La tenue luz del alba no deja sospechar toda la grandiosidad del paisaje, que aún envuelven las sombras de la noche; necesitase que asome el resplandor purpúreo que festonea las nubes, y más tarde la magnífica explosión de rayos que inundan de azul el dilatado espacio, para que surjan bañados en luz todos los detalles. Entonces se admira lo que no se había adivinado envuelto antes en la bruma; porque á todo dá el sol forma, realce y vida. Así también en el cerebro de un hombre, cuando una idea acaba de nacer y tiembla aún débil en el fondo de los laboratorios celulares, es llama incierta que apenas alumbra; pero pronto se agitan todas las energías, vibran todas las moléculas á impulsos de invisible soplo en el fondo del protoplasma nervioso, el pensamiento crece y fecunda al pensamiento, el fuego se propaga, desaparecen las sombras, y cuando la luz se extiende y lo ilumina todo, las cumbres de la abstracción lo mismo que los recónditos abismos del análisis, el juicio temeroso no acierta á comprender cómo es tan grande empresa la que pareció pequeña.

Por eso el joven é inteligente iniciador de la *Asociación Taquigráfica*, D. Enrique Guaza y Gomez-Talavera no pudo imaginar nunca que lo que él había logrado delinear en forma tan modesta llegara después á alcanzar el éxito que su grandiosa idea obtuvo.

Después de haber desarrollado la idea, se convino en la necesidad de inaugurar la *Asociación Taquigráfica* dándose amplias facultades á los individuos de la Junta Directiva para que procedieran desde luego á la realización de tan elevado propósito. Por indicación de la junta general se acordó dar un voto de gracias al Sr. Guaza que con su actividad no perdonaba medio de que la inauguración que se proyectaba tuviera todo el lucimiento y esplendor que acto tan solemne requería.

Por primera vez, acaso, los que al arte taqui-

gráfico se dedican, han presenciado un espectáculo, que ha causado la admiración de todos, que ha enaltecido la profesión de Taquígrafo á los ojos de los extranjeros y que ha enorgullecido á todos los que ambicionamos que España entre definitivamente en las sendas del progreso y de la regeneración moral de sus hijos.

Por primera vez, repetimos, háse visto á los taquígrafos de los Cuerpos Colegisladores, á personas de alta representación, en la ciencia, la política y las letras, unidos y confundidos en común sentimiento con la juventud entusiasta y estudiosa que concurre aún á la cátedra,

Verificóse, pues, el solemne acto de inaugurar la *Asociación Taquigráfica* á las nueve de la noche del Domingo 28 de Junio de 1885 en el salón de actos de la *Sociedad Económica Matritense*.

Abrióse la sesión á las nueve en punto de la noche.

Ocupaba la presidencia de la mesa el excelentísimo Sr. D. José de Carvajal y Hué, ex-ministro de Estado y Hacienda, y decano del ilustre colegio de abogados de Madrid.

A la derecha del señor presidente ocupaban lugar en la mesa:

El Excmo. Sr. D. José Maluquer y Tirrell, ex-fiscal del Consejo de Estado y senador vitalicio.

El Sr. D. Antonio Guerra y Alarcón, vicepresidente de la *Asociación Taquigráfica*, escritor y autor de varias obras artísticas y literarias, vocal de la Junta Directiva de la *Asociación de Escritores y Artistas* y de la Junta Directiva de la *Liga Madrileña contra la ignorancia*, individuo de la *Sociedad Económica Matritense* y director de LA AMÉRICA.

A la izquierda del Presidente estaban:

El Sr. D. Manuel Zapatero y García, taquígrafo del Senado, abogado del ilustre colegio de Madrid y secretario general del *Círculo de la Unión Mercantil*.

El Sr. D. Carlos Guaza y Gómez-Talavera, secretario general de la *Asociación Taquigráfica*, crítico musical é individuo de la *Asociación de Escritores y Artistas*.

Actuaban como taquígrafos los señores don Blandino García Obispo, D. Enrique Aparicio y Lillo, D. Angel Serrano y Ramos y D. Ballesteros, individuos de la *Asociación Taquigráfica* y quienes tomaron con notable perfección en notas taquigráficas los discursos que se pronunciaron en tan solemne sesión.

En los asientos del salón se encontraba un numeroso y selecto público, realizado aun más por la presencia de hermosas y elegantes damas que prestaban nuevo encanto y atractivo á la solemnidad.

En representación de la nueva prensa figuraban redactores de *El Imparcial*, *La Correspondencia de España*, *El Progreso*, *El Correo*, *El Globo*, *La Iberia*, *El Liberal* y otros muchos que sería prolijo enumerar.

Prévia la venia del señor presidente, el secretario general de la *Asociación*, Sr. D. Carlos Guaza y Gómez, Talavera, dió lectura á la Memoria siguiente:

Señores: Como si cuanto se relaciona con el arte taquigráfico debiera llevar impreso el sello de la actividad y de la energía, el pensamiento de la creación de esta *Asociación* surgió en los últimos días del mes de Diciembre de 1883 al calor de la entusiasta juventud que se dedica al cultivo de este utilísimo arte, produciendo después de detenidos debates una bandera bajo la que pudiera agruparse todos los que á él se dedican ó pretenden dedicarse.

Cumplo, pues, en este solemne instante con el deber más grato y al mismo tiempo más difícil que mi cargo me impone, el de trazar la vida de esta Asociación durante el período que media desde Diciembre de 1883 al momento actual.

Esta gloriosa página de nuestra vida merece-

ría seguramente que pluma más autorizada que la mía se ocupara en reseñar con elocuencia y fidelidad cuanto constituye la manifestación de nuestras aspiraciones.

Bien sé que no reuno las circunstancias apetecidas: sólo pues, aspiro á cumplir lisa y llanamente con lo que el deber me impone, siendo sencillo narrador de cuantos trabajos ha realizado la Asociación cuya inauguración hoy celebramos.

La juventud taquigráfica ha querido, pues, asociarse para cumplir el más grande de los fines de las sociedades modernas, porque presentándose en todas partes unida y compacta, podrá conseguir algún día el que se consigne en las leyes cuanto tienda al prestigio, desarrollo y engrandecimiento del arte á cuyo estudio se dedica.

La valiosa cooperación de la juventud que sin esperanzas para el porvenir se dedica al estudio de la taquigrafía y la de varios notabilísimos taquígrafos, campeones decididos de todo cuanto tienda al desarrollo de este arte en España, permitió que la idea de la fundación germinara potente y se abriera paso desde el primer instante.

En la reunión preparatoria celebrada el 16 de Diciembre de 1883, fijó nuestro dignísimo Vicepresidente los límites de la idea clara y precisamente, según conviene á todo lo que al arte taquigráfico se refiere, y completada la obra con lo que allí se dijo y propuso, fué aprobado el reglamento y designada en el acto la Junta directiva revestida de amplios poderes para realizar el fin que nos habíamos propuesto y aunar los elementos que conceptuara indispensables á su mayor y provechoso éxito.

Hé aquí los nombres de los individuos que formaron la primera Junta directiva de la *Asociación Taquigráfica* Presidente, D. Guillermo Flórez de Pando, Vicepresidente, D. Antonio Guerra y Alarcón; vocales, 1.º D. Blandino García y Obispo; 2.º, D. Lorenzo Aparicio y Lillo; 3.º, D. Rafael Cervera Lahora; y 4.º, D. Antonio Pérez de Vargas; Tesorero, D. Enrique Guaza y Gómez-Talavera; Secretario contador, D. Eugenio Redondo y Ochoa; Secretario general, el que en estos momentos tiene el honor de dirigiros la palabra.

Si como creo y espero, la *Asociación Taquigráfica* ha de ser punto de partida para llegar á fines más altos, justísimo es que recordemos siempre, haciendo excepción de mi humilde personalidad, á quienes serán deudoras la juventud que al estudio de este arte se dedica de las medidas que, redundando en su provecho, eleven nuestra profesión á la altura que siempre debió ocupar, tanto por su gloriosa historia, como por los merecimientos de los que á su cultivo se dedican.

Una vez constituida la Asociación debidamente, dió comienzo á sus tareas verificando ejercicios prácticos todos los domingos, á los que concurrieron con gran asiduidad la mayor parte de sus individuos y en los que por medio de ésta, que pudiéramos llamar *gimnasia taquigráfica*, consiguieron rápidos adelantos.

La Junta directiva seguía, entre tanto, estudiando la manera de armonizar los intereses de sus asociados con el mayor prestigio del arte taquigráfico, para lo cual se dirigió á varios individuos influyentes en el Parlamento, con objeto de que por medio de su poderoso apoyo, pudiera conseguirse, en día no lejano, fijar por medio de una ley lo que es el primordial objeto de nuestra Asociación.

Lástima grande es, señores, que cuando en todas las naciones de Europa se ha sabido comprender y apreciar la importancia de la Taquigrafía y los inmensos beneficios que su posesión reporta á las clases todas de la sociedad; que cuando gobiernos y particulares procuran enaltecerla, protegerla y difundirla, por medio de su apoyo los primeros, y de la asociación los segundos, únicamente nuestra querida patria perma-

nezca estacionaria, arrastrando el arte taquigráfico en ella mísera existencia, sin recibir más vida que la que simples particulares, aislados, sin protección de nada ni de nadie, tratan de infundirle. Y tan cierto es esto que acabo de decir, que este arte, tan útilísimo y prodigioso, es casi desconocido y hasta desdeñado en España, en donde puede decirse que solo en los Cuerpos Co-legisladores tiene una práctica más constante y una protección más eficaz.

Para restablecer, dar prestigio, desarrollar y engrandecer el arte taquigráfico, trabajará nuestra Asociación con todo aquel entusiasmo propio de las agrupaciones que quieren en término no lejano llegar á la suspirada meta de sus aspiraciones y deseos. Ahora que es ya un hecho el establecimiento del Juicio Oral y Público, se dirigirá nuestra modesta Asociación á aquellas personas que por su posición, tanto en el gobierno como en el parlamento, están obligados más directamente á prestarla su poderoso apoyo, á fin de conseguir que en los *presupuestos generales del Estado* se consigne cantidad suficiente para atender á los gastos que ocasionara el personal de taquígrafos que debería nombrarse para el servicio de las Audiencias de lo criminal, con objeto de que pudieran copiar íntegras, y publicarse después, las acusaciones, interrogatorios y defensas de las causas criminales que en aquellas se instruyan, contribuyendo por este medio la Taquígrafía al mejor conocimiento de los magistrados, á la mayor ilustración de los tribunales y á la cumplida satisfacción de la vindicta pública.

¿Cómo fijar sin Taquígrafos los incidentes de las vistas que tal vez dependa alguna prueba decisiva, y que quizá sin el auxilio de este prodigioso arte puedan pasar desapercibidos ó perderse por la infidelidad de la memoria ó por otras causas?

En concepto, pues, de nuestra Asociación, nada más fácil, nada más oportuno que crear un cuerpo de taquígrafos, para que, como dijo el que fué ilustre profesor de esta enseñanza, el docto don Francisco de Paula Madrazo, propagados, merced á la taquígrafía los debates de los tribunales, derramen luz sobre los hechos más incomprensibles de la humanidad, llevando por doquiera la convicción de la equidad de sus fallos y aumentando, si es posible, la aureola de santidad que los esmalta y enaltece.

Tal es, señores, á grandes rasgos trazada, la modestísima historia de la *Asociación Taquigráfica* cuya solemne inauguración hoy aquí nos congrega. La idea es grande: es una idea del siglo XIX, idea de paz y concordia, pensamiento de reforma y progreso, fuente de prosperidad y aumento de bienestar social; hé aquí el lema que ostenta en su escudo la *Asociación Taquigráfica*.

Todos lo han comprendido así, y por eso desde el varón ilustre que, abandonando el elevado sitio que ocupa en los altos puestos de la gobernación del Estado, se ha dignado aceptar nuestra Presidencia honoraria, hasta el oscuro estudiante que concurre á las aulas á recibir la enseñanza del utilísimo invento de Martí, toda esa falange que entre estos dos polos se mueve, ha traído á la obra común con el concurso de su esfuerzo, el tributo de su entusiasmo y adhesión.

Árdua por demás es la empresa que hemos acometido, porque árduas y difíciles de suyo son las cuestiones que entraña.

¡Acometámosla, pues, con valor y fé, y de este modo conseguiremos, en día no lejano, la gratitud y el aplauso de los que al cultivo del arte taquigráfico se dedican! He dicho. (*Aplausos.*)

El Sr. PRESIDENTE (D. José de Carvajal). Tiene la palabra el Sr. Guerra y Alarcón, vicepresidente de la *Asociación Taquigráfica*.

El Sr. GUERRA Y ALARCÓN: Señoras y señores:

Nadie menos autorizado que yo, pudiera dirigiros la palabra en esta solemnidad, llamada por

naturaleza á dejar en vuestras almas gratos recuerdos de los agradables momentos que os esperan aquí esta noche. Honra para mí, inesperada por inmerecida, logro, es verdad, en estos momentos de general regocijo, llevando la palabra de la Junta directiva de esta *Asociación*; pero sé que voy á dejar en vuestro corazón un inmenso vacío, desluciendo con mis pobres conceptos la grandiosidad de esta sesión; y, ciertamente, no hubiera tomado á mi cargo tan árdua empresa si el respeto que debo siempre á los acuerdos de mis dignos compañeros y la dulce violencia del amor que, como todos vosotros, profeso al nobilísimo arte de trasladar al papel el fugaz pensamiento de los oradores, no hubieran rendido por entero mi albedrío.

Yo quisiera, por esto mismo, hacer un trabajo digno de los que declinaron sobre mí esta inmerecida é injustificada honra, y digno también de todos vosotros, en cuyas frentes resplandece la brillante luz del talento y de la ilustración; yo quisiera, más que nunca esta noche, reunir condiciones literarias bastantes para poder presentar ante vuestra reconocida competencia un trabajo digno del trascendental acto que realizamos; yo quisiera que este pobre discurso estuviese saturado del entusiasmo que en mi alma siento, para conseguir de ese modo no ya una admiración ligera hacia la *Asociación* que hemos creado y cuya inauguración celebramos, sino el fuego de la verdadera pasión, ardiente, poderoso, impercedero.

Pero ¡ay! que el deseo más vivo y mejor encaminado no basta á suplir la esterilidad de mi humilde ingenio, ni á lograr el lucimiento que este caso requiere y que cualquiera de mis compañeros hubiera sin duda cumplidamente alcanzado, respondiendo á lo que reclaman los timbres y el buen nombre de la *Asociación Taquigráfica*!... Grande es el objeto que aquí nos reúne; grande la idea que dió impulso á la creación de esta Sociedad, grande vuestra ilustración; pues bien, para que aquí todo sea grande, cubrid con el suntuoso manto de la benevolencia al que no es otra cosa que un imperceptible grano de arena perdido en las inmensidades del Océano literario.

La solemnidad de esta noche será una página más brillante de la historia de nuestra modesta *Asociación*. Porque esta página está consagrada á enaltecer la profesión taquigráfica realizando dos grandes conquistas: una gran conquista en la opinión, y la conquista de una organización seria y vigorosa.

El siglo XIX que tantos prodigios ha realizado y tantas preocupaciones ha destruido, tiene el deber de enaltecer al taquígrafo, como se merece, abriendo extensos horizontes al arte á que se dedican; y otra cosa no puede acontecer cuando toda la civilización contemporánea, encarnación perfecta de la vida moderna, está basada en el respeto, en la consideración, en el amor, en una especie de idolatría hacia aquellos hombres oscuros, pero denodados, que saben llevar con honra, con provecho y con orgullo, el nobilísimo dictado de hijos del trabajo,

Uno de los dones más preciosos que Dios concedió al hombre fué el uso admirable de la palabra, para expresar sus pensamientos y comunicarse con sus semejantes, porque criado fué para vivir en sociedad. Pronto se sintió la necesidad de hacer permanente la expresión de los conceptos, procurando así la conservación invariable de la palabra por un medio más exacto y más seguro que la tradición, que puede considerarse como el medio intuitivo de conservar las ideas expresadas por las generaciones pasadas.

De esta necesidad surgió la sorprendente invención de la escritura, elemento casi tan necesario á la sociedad como la palabra misma, y que en remota antigüedad alcanzó ya completo desarrollo.

La escritura, ese arte utilísimo de pintar la

palabra dándole color y cuerpo; ese maravilloso elemento que perpetúa el fugaz sonido de la voz y hace que los siglos de Moisés, César y Carlo Magno se comuniquen con los siglos posteriores; ese arte universal, por el cual el sabio, desde el rincón de su aposento, asombra al mundo con la profundidad de sus pensamientos y la sublimidad de sus concepciones; ese arte peregrino, que en muchas ocasiones hace que la mano sea más elocuente y arrebatadora que la voz; ese arte nobilísimo, que comunica su virtud locuaz á las cortezas de los árboles, á las pieles de las bestias, á los filamentos de las plantas, y hasta á las piedras y metales; ese arte ingenioso, depositario y órgano de la ciencia universal y sin cuyo auxilio serían imposibles la ciencia y la historia, es sin disputa la invención más prodigiosa que nos legó la antigüedad y su más portentoso descubrimiento.

(Se Continuará.)

NAVEGACION SUBMARINA

Los periódicos de París y Londres dan cuenta en los siguientes términos de los experimentos practicados en la rada de Salamina con una embarcación submarina.

El rey de Grecia había dispuesto que asistiera á estos ensayos una comisión de ingenieros y oficiales de la armada, presidida por el experto marino Sr. Marco Botzaris. Los señores Rouf y Wiern representaban al conocido constructor de piezas de artillería Mr. Nordenfelt.

El capitán Garret, auxiliado por el ingeniero Eckermann, mandaba la embarcación.

El primer día el buque fué sumergido repetidas veces, y se le hizo virar por avante y en redondo muchas veces, tanto en la superficie como en el fondo de las aguas, para cerciorarse de que se podía darle dirección con toda facilidad.

El segundo día, queriendo la comisión darse cuenta exacta de la cantidad de aire respirable contenida dentro de la embarcación, dispuso que se instalaran en la bodega de la misma seis marineros, que permanecieron en ella desde las doce hasta las seis de la tarde.

Al volver á tierra estos marineros declararon que no habían sentido la menor molestia, sin embargo de que era materialmente imposible la penetración de aire externo en el local que ellos ocupaban.

El tercer día la comisión adquirió la certeza del punto de profundidad hasta el cual la embarcación podía descender: al efecto, amarró a las bordas un pequeño cable de 30 pies de longitud, en cuya extremidad había un flotador de corcho.

Cuando la embarcación se sumergió el flotador desapareció con ella, prueba evidente de que el buque descendió hasta una profundidad por lo ménos igual á la longitud del cable.

Por último, el cuarto día el capitán Garret recorrió una distancia de 10 millas inglesas, con sólo el uso del calor reconcentrado en los depósitos del buque.

Este se hallaba herméticamente cerrado y sumergido en parte: no se encendió el fuego de las calderas.

Los hechos que hemos relatado son absolutos y completamente exactos, y no podemos menos de preguntarnos con el mayor asombro, lo que será de los acorazados el día que tengan que luchar contra este enemigo invisible.

Los torpederos ya son causa de grave peli-

gro para las fortalezas flotantes, y no está lejano el día en que el perfeccionamiento de los aparatos de destrucción haga imposible una guerra marítima.

¿Quién se quejará de este resultado?

RELIQUIAS

Hé aquí la nomenclatura de las principales reliquias que poseen las Iglesias de Roma y que se enseñan á los fieles en Semana Santa:

En San Pedro se halla la lanza con que atravesaron el pecho á Jesucristo, y en San Juan de Letrán el agua y la sangre que salieron de esa herida.

En San Pablo se enseña la caña que le pusieron á Cristo en sus manos, la cuerda con que le ataron los brazos y el manto de púrpura con que le vistieron.

En Santa María se vé un clavo de la cruz, y en diversas iglesias parte de la esponja empapada en hiel.

En San Pedro se vé igualmente el pañuelo con que Santa Verónica secó la cara de Cristo en el camino del Calvario. El pañuelo ha conservado la imagen de Jesús.

La iglesia de San Práxedes posee la túnica sin costura de Jesucristo, túnica de la que un segundo ejemplar intacto se encuentra en la catedral de Tieves.

El número de pedazos de la verdadera cruz y de las santas espinas es considerable.

La toalla de que se servía Jesucristo para secar los pies de los Apóstoles, está dividida entre las iglesias de San Pedro y San Juan de Letrán.

ADULTERIO Y ENVENENAMIENTO

Las pudibundas inglesas han acudido presurosamente á la sala de justicia la pasada semana, para asistir á las sesiones de una célebre causa llena de escabrosos detalles y peripecias propias para ruborizar á un granadero.

La afluencia de señoras ha sido tal, que el presidente tuvo que adoptar severas medidas restringiendo la entrada.

Pero vamos al proceso.

En 1875, Mr. Bartlett contrajo matrimonio con una francesa llamada Adelaida Blanco Tremouille, de 19 años de edad.

En vez de conservarla á su lado, Bartlett, que es comerciante, la envió á Bélgica para que completase una educación que debía ser muy descuidada, puesto que el asunto duró dos años. Suficientemente instruida, Adelaida volvió al hogar doméstico, y en 1881 dió á luz un niño muerto. De las declaraciones resulta que Bartlett no cumplió más que una vez sus deberes matrimoniales, por los cuales sentía profunda aversión. Aparte de este defecto, hacía feliz á su mujer, y aún testó legándole toda su fortuna.

Los esposos asistían semanalmente á la capilla del Rdo. Dysson, ministro del Culto Wesleyen, una de las innumerables sectas que posee Inglaterra. Allí hicieron amistad con el pastor, al cual suplicó Bartlett que enseñase á su mujer el latín y el griego.

Esta idea de un tendero de enseñar lenguas muertas á su esposa es ya original; y más original todavía la de expresar en el testamento que á su muerte debe contraer matrimonio con el reverendo.

El Rdo. tomó las lecciones por lo serio y un día comunicó á Bartlett que su amor por Adelaida era ya tan violento, que se conside-

raba en el deber de abandonar el latín y el griego. El buen marido tranquilizó al pastor, quien desde entonces pasaba las noches en la casa, andaba por ella de gorro y zapatillas y abrazaba á la señora delante de los criados.

Bartlett era muy delicado de salud. El día primero de este año murió de repente. La familia recurre al testamento y pidió la autopsia, de la cual resultó que había muerto envenenado por cloroformo.

Días antes del fallecimiento, el reverendo recibió encargo de comprar cloroformo porque madama Bartlett quería que descansase su esposo por las noches. Mr. Dysson se lo procuró en tres farmacias diciendo en ellas que lo necesitaba para limpiar sus hábitos. Fué, pues, acusado de cómplice.

Y aquí viene lo más extraño del caso. El *attorney*, general, ha renunciado á perseguir al agente real del envenenamiento, y de acusado, el reverendo Dysson se ha convertido en testigo.

Los peritos no se han puesto de acuerdo sobre si el cloroformo puede ó no producir la muerte empleado en la dosis en que lo absorbió Mr. Bartlett y ha terminado absolviendo á la viuda.

Y sin embargo, en la conciencia de todos está que en el fondo de todo esto existe un crimen.

Dentro de poco contraerán matrimonio la viuda de Bartlett y el Rdo. P., cumpliendo la cláusula del testamento.

Como se vé, la justicia inglesa no debe envidiar nada á la de otros países.

REVISTA DE MADRID

La bendición de las palmas el domingo de Ramos, es una de las ceremonias más imponentes y majestuosas con que la iglesia recuerda los misterios de la religión.

En todo los templos de la cristiandad se celebra tan solemne acto á la misma hora, y siempre con asistencia de un numeroso concurso que oye con el mayor recogimiento las preces de la iglesia, y presenta á la bendición del ministro de Dios preciosas palmas y delicados ramos para conservarlos después como objetos de inestimable precio, puesto que han sido bendecidos en memoria de aquellos ramos que el pueblo de Israel presentaba á Jesucristo á su entrada triunfante en Jerusalem.

En muchos pueblos es creencia general que una palma ó un ramo, benditos el domingo de Ramos en la iglesia, preserva de los rigores de la suerte al que lo guarda cuidadosamente, y aleja de su hogar la discordia, el hambre y las enfermedades.

A la hora misma en que la iglesia celebraba tan insigne conmemoración, cual la de la bendición de palmas, en el atrio mismo de la Catedral, una pérfida mano atentó contra la vida del obispo de Madrid.

La solemnidad propia del día, el lugar del crimen, las espantosas circunstancias agravantes que en él concurren, el carácter sacerdotal de que estaba investido el asesino, los méritos y títulos de la víctima, todo añade horror al miserable atentado que han conmovido á Madrid entero con una evidente y abrumadora unanimidad.

No afirmaremos nosotros que el asesinato del obispo de Madrid obedece á muy complejas causas y responde á un malestar muy profundo y muy sordo. No. Es cierto que los ministros del Señor, en general, viven hoy día en lo que para muchos el respeto es cosa vana y la santidad y la virtud son pretensiones insultantes; cierto es también que, por lo que atañe particularmente al finado obispo Sr. Martínez Izquierdo su rectitud y su severidad, su propósito firmísimo de corregir males muy arraigados en su diócesis, habían traído sobre sí gran caterva de odios; pero, sea lo que quiera, aparece como lo más seguro que el crimen del presbítero Galeote responde sólo á un móvil personal.

El Sr. Martínez Izquierdo, primer obispo de Madrid-Alcalá, que en las últimas horas de la tarde del 19 entregó su alma á Dios, después de crueles sufrimientos, era una figura muy respetable del episcopado español.

Desde la más humilde esfera, su esfuerzo solamen-

te y su trabajo le llevaron hasta conseguir la insigne dignidad con que ha muerto.

En las Cortes de 1871, durante el breve reinado de D. Amadeo de Saboya y en las Constituyentes de 1876, primeras de la Restauración, el Sr. Martínez Izquierdo rayó á gran altura como orador parlamentario.

Su elogio fúnebre de la reina Mercedes pronunciado en las honras celebradas en San Francisco el Grande, quedará como modelo de oratoria sagrada.

En 1874 fué nombrado para gobernar la diócesis de Salamanca. De aquella silla episcopal fué trasladado á Madrid en 2 de Agosto de 1885; aún no hace nueve meses.

Por disposición del Concordato de 1851 se creó la diócesis de Madrid-Alcalá cuyo territorio pertenecía, si no me engaña la memoria, al arzobispado de Toledo. Causas que no son para referidas en este lugar dilataron hasta el año próximo pasado la realización de aquellas disposiciones. Era, pues, el Sr. D. Narciso Martínez Izquierdo, el primer obispo de la nueva diócesis.

¡Descanse en paz!

Respecto del infeliz criminal no olvidemos la misericordia y la justicia de aquella máxima que nos ruega que odiamos el delito y compadezcamos al deliciente.

..

Extraño principio ha tenido este año la Semana Santa.

Cuando la naturaleza entera parece que se recoge dentro de sí misma, temerosa de turbar con su constante y universal movimiento el solemne y característico silencio de la semana consagrada á la oración y meditación, un ministro del Señor levanta su mano armada de un revólver contra su superior gerárquico causándole mortal herida.

Pero hagamos abstracción completa de tan horrible crimen y meditemos acerca del sublime misterio de la Redención que la cristiandad conmemora en estos días.

¡Qué magníficos son estos siete días, que hacen que nuestra memoria se ilumine con la inextinguible luz de los recuerdos!...

¿Pero de dónde nace esa dulce melancolía que se retrata en todos los semblantes, ese religioso recogimiento con que discurren las gentes por las calles de Madrid?

Hay una página en la historia de la humanidad que cuando la leemos y meditamos acerca de ella, nos permite distinguir y admirar al que, lleno de misericordia y poseído de una caridad sin límites, se hizo hombre y sufrió con una resignación que no es posible describir, la muerte más cruel y más afrentosa.

Esa página, queridos lectores, es... la obra del amor realizada por Jesucristo.

Caridad, palma de los mártires, aureola de los santos, espejo de los hombres, sentimiento purísimo que enlaza las almas: tú brotas en el desierto de las ideas como nimen salvador: tú germinas en el árido campo de batalla como flor ingerta en azucena blanca dechado de pureza, en amapola roja emblema de sufrimiento: tú conviertes las penas en palmas inmortales: tú imperas en los dominios de la muerte, la arrancas sus víctimas y como á Lázaro le dices: «levántate y anda.» Máxima de virtud cristiana, latido suave y persuasivo de la fe, obra sublime del amor.

Allí donde se sufre el castigo de la osadía, ó donde gime la pobreza esclava; donde la tempestad del encono brama; donde parece la miserable opulencia; allí donde el egoísmo triunfa y las montañas se estremecen bajo el peso del furor salvaje; donde la sangre salpica al cielo y el cielo piadoso desciende en blanca nube para contener el estrago de la sangre que se pierde, donde el humo incesante oscurece las glorias del progreso humano, donde el vértigo enloquece, la pasión perturba y el error mata; donde todo acaba sin que renazca jamás la aurora del bien; donde el genio de la fuerza bate sus alas de cuervo hambriento de carne putrefacta; donde el plomo forma el poema de la civilización y el bronce y las piedras cantan el heroísmo; donde aun se escucha la carcajada de Caín lanzada á través de los siglos bárbaros: allí va la caridad con sus dones á erigir hospitales y levantar altares en cada lecho de dolor.

La cruz es el símbolo que aplaca las iras de la venganza el lábaro de paz cantado por los poetas.

Aquellos brazos reparten por igual su ofrenda entre amigos y enemigos, entre vencidos y vencedores. ¡Ah espectáculo consolador!

¿Pero basta la piedad de la cruzada que padece con los que padecen, que llora con los que lloran, que alienta á los débiles, que restaña la sangre de los heridos y que abre ignorada sepultura á los muertos? ¿Basta el esfuerzo del brazo que sostiene el cuerpo ó el afecto del alma gemela del bien, que en el supremo trance procura salvar otra alma? ¿Basta levantar al que cae? ¿Basta la obra del amor que acude después de la caída?

La humanidad en el siglo XIX, es una copia fiel y exacta de lo que ha sido en todos los siglos.

El oro y el oropel aparecen confundidos, como confundidos vemos por todas partes los vicios y las virtudes.

El Rey de reyes, la víctima inocente, el cordero sin mancilla, esta pendiente todavía de la cruz llorando la ingratitude del género humano.

Por eso la iglesia, que deplora vuestras debilidades más que nosotros mismos, nos recuerda todos los años, desde hace diez y nueve siglos, lo que muchas veces no queremos oír, ó nos complacemos en olvidar.

Hace años, doscientos setenta, como que fué el día 23 de Abril del de 1616, murió, olvidado de sus amigos, desconocido de sus compatriotas, asistido sólo de su limpia conciencia y de su fé, Miguel de Cervantes Saavedra, cuyo ingenio admira el mundo.

Muchos y distinguidos escritores le han tributado justo homenaje de admiración en los aniversarios de su muerte; cuanto más tiempo pasa y más se estudia su obra *Don Quijote de la Mancha*, más crece el entusiasmo y más grande es la consideración con que se mira por todos los hombres verdaderamente sabios y los amantes de las letras.

Prodigio de la naturaleza en la esfera del talento, príncipe de los ingenios, regocijo de las musas fué este insigne varón, cuyo nombre ha salvado las fronteras españolas para ser admirado, no ya sólo donde se habla la hermosa lengua de Castilla, sino en todas las comarcas aun las más contrapuestas del mundo civilizado.

Pocos hombres han conseguido una gloria tan universal. Apenas pueden competir con él, en punto á popularidad, los grandes conquistadores, que son por desgracia, los que dejan más hondamente grabado su recuerdo en las humanas generaciones.

El que ayer murió ignorado, hoy llena el mundo con su fama.

Fama que, lejos de amenguar, ha ido creciendo con el tiempo, y es hoy, así dentro como fuera de España, mayor que nunca, considerándose el *Quijote* en todas partes como una de las obras más grandes que ha producido el entendimiento humano.

Entre todos los escritores españoles podrá haberlos que quieran igualarse á Cervantes en genio y merecimientos; pero ninguno se hállara que sea más leído, ninguno de cuyas obras se hayan hecho más ediciones, ninguno más popular y cuya reputación esté más al abrigo de las revoluciones del gusto y de los tiempos.

Cervantes, con su inmortal libro, se ha puesto al lado de Homero, para ser eterno con él, y embelesar todavía más á las generaciones.

Así como las altas piramides levantadas en el desierto, invaden altivas el espacio para que á larga distancia se las contemple: así como las más gigantescas cumbres se alza hácia el cielo coronándose con sus nubes y sus resplandores, los hombres de genio cuya poderosa imaginación ha encontrado, para ilustración y gloria de la humanidad, los más recónditos secretos del arte, elevanse orgullosos sobre sus contemporáneos, mostrando á través de los siglos y de las generaciones sus frentes ceñidas de laurel, como las altas cimas de las montañas se ciñen para más brillar, de luz y de colores.

Triste condición es la del hombre, condenado, después de una cansada peregrinación sobre la tierra, llena de afares, de dudas y de sacrificios, á las espantosas tinieblas de la destrucción y del olvido: sólo el genio puede agitarse y sobrevivir al desbordado torrente de los tiempos, cerniéndose sobre los hombres y sobre los siglos, como el águila se cierne majestuosa sobre los campos y sobre las tempestades. Por eso después de doscientos setenta años que hace

bajó al sepulcro nuestro amado compatriota, el *manco sano*, el *escritor alegre*, el *regocijo de las musas*, el *famoso todo*, Miguel de Cervantes Saavedra no ha muerto... no ha muerto porque viven D. Quijote y Sancho Panza, sus encarnaciones, puede decirse su espíritu gigante, su corazón apasionado, latiendo como el de Elgard Poe en el fondo de la tumba, su alma vigorosa, su genio eminentemente artístico.

Si como dijo Shakespeare, *morir es dormir... y tal vez soñar*, Cervantes, soñará tal vez, pero aun no ha muerto; sus obras siempre admiradas, lo acreditan, y sus triunfos enviables acuden á confirmarlo.

Alcalá de Henares, Alcazar de San Juan, Esquivias y otras muchas poblaciones se han disputado y continúan disputándose la gloria de ser la cuna de Cervantes.

Todas esas poblaciones tienen y no tienen razón: la cuna de Cervantes se balancea, movida por la Fama, en los infinitos espacios de la gloria.

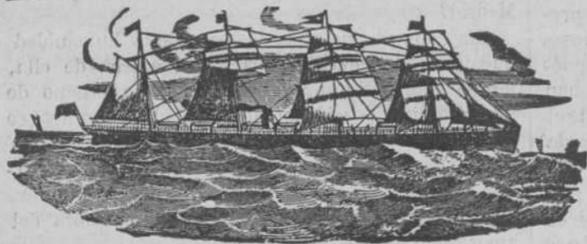
La patria de Cervantes fué España; el centro donde se le admiró, el Universo; el lugar que hoy ocupa, es aquel espacio de la gloria donde están los genios que nadie olvida ni el tiempo cubre con el polvo de la indiferencia.

Los que blasonamos de saborear y admirar las bellezas del libro más original y peregrino que ha producido, quizá, el entendimiento humano, los que con gran entusiasmo festejamos, en el aniversario de la muerte de su autor, el principio de aquella vida que la posteridad decreta á los predestinados á la inmortalidad, es menester que trabajemos, que nos esforcemos y que adquiramos el compromiso de propagarlo y difundirlo, hasta el punto de que *los niños lo manoseen, los mozos lo lean, los hombres lo entiendan y los viejos lo celebren* para gloria de Miguel de Cervantes Saavedra, para ilustración, honra y aprovechamiento de la nobilísima tierra española.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ULPIANO GÓMEZ Y PÉREZ

ANUNCIOS



SERVICIOS
DE LA
COMPANIA TRASATLANTICA
DE BARCELONA
VAPORES-CORREOS Á PUERTO-RICO Y HABANA
con escala y extensión á las Palmas,
Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacifico.

Salidas trimestrales

De Barcelona, el 5; Málaga, el 7 y Cádiz el 10 de cada mes, para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz.
Santander el 20, y Coruña el 1, para Puerto-Rico y Habana.
Barcelona, el 25; Málaga el 27, y Cádiz el 30, para Puerto Rico, con extensión á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extensión á Santiago, Gibara y Nuevitas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colón y puertos del Pacifico, hacia Norte y Sud del Istmo.
El 10, de Cádiz, el vapor *España*.
El 20, de Santander, *Méndez Núñez*.
El 30, de Cádiz, *Antonio López*.

VAPORES-CORREOS A MANILA

con escalas en

Port-Said, Aden y Singapore, y servicio á Ilo-Ilo y Cebu

SALIDAS MENSUALES DE

Liverpool, 15; Coruña, 17; Vigo 18; Cádiz 23; Cartagena, 25
Valencia, 26, y Barcelona 1.º, fijamente de cada mes.
El vapor *España* saldrá de Barcelona el 1.º de Mayo próximo.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía dá alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja por pasajes de ida y vuelta Hay pasajes para Manila á precios especiales, para emigrantes de clase artesana y jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.
Para más informes en:
Barcelona: *La Compañía Trasatlántica*; y Sres. Ripol y Compañía plaza de Palacio.—Cádiz: Delegación de *La Compañía Trasatlántica*.—Madrid: D. Julian Moreno, Alcalá.—Liverpool: Sres. Larriaga y Compañía.—Santander: Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. de Guardia.—Vigo: D. R. Carreras Irigorri.—Cartagena: Bosch hermanos.—Valencia: Dart y Compañía.—Manila: Sr. Administrador general de la *Compañía general de Tabacos*.

EL PROGRESO EN 1886

SEXTO AÑO DE SU PUBLICACION

La importancia adquirida por EL PROGRESO, que á los seis años de existir figura entre los tres ó cuatro periódicos de mayor circulación de España, á la cabeza de los de gran tamaño, le impone deberes para con el público que de tan extraordinaria manera le ha favorecido.

Por esta razón todo sacrificio para corresponder á los favorecedores que nos dispensan nos parecen insuficiente y nuestros esfuerzos irán encaminados á consolidar la predilección con que nos distinguen.

LA REFORMA AGRICOLA

Periódico quincenal de intereses materiales.
Se regala á los suscritores de EL PROGRESO que paguen por semestres adelantados con todos los beneficios establecidos para los suscritores directos como son: la adquisición á plazos ó con notables rebajas, de toda clase de máquinas ó instrumentos agrícolas, plantas, semillas sementales, obras notables de agricultura y la contestación gratuita á las consultas que se dirijan á las *Oficinas facultativas de La Reforma Agrícola*, Serrano, 48, principal.—Madrid.

BIBLIOTECA ARTÍSTICA

OBRAS PUBLICADAS

Curso completo de declamación, ó enciclopedia de los conocimientos que necesitan adquirir los que se dedican al arte escénico, por D. Antonio Guerra y Alarcón.—Un tomo en 4.º de 450 páginas.—Precio 7 pesetas.

Obra premiada con medalla de 1.ª clase en la Exposición Literario-artística de 1885.

Músicos, poetas y actores: colección de estudios crítico-biográficos de los músicos Salinas, Morales, Victoria, Eslava, Ledesma y Masarnau; de los poetas García Gutiérrez, Hartzenbuch y Ayala; de los actores Maíquez, Latorre y Romea, por D. Carlos Guaza y Gómez Talavera y D. Antonio Guerra y Alarcón.—Un tomo en 4.º de 286 páginas.—Precio 5 pesetas.

Obra premiada con medalla de plata en la Exposición Literario-artística de 1885.

Isaac Albeniz: estudio crítico-biográfico de tan reputado pianista, por D. Antonio Guerra y Alarcón.—Un folleto en 8.º—Precio 50 céntimos.

Estas obras se hallan de venta en las oficinas de la BIBLIOTECA ARTÍSTICA, Paseo del Prado, núm. 20, 3.ª, derecha.

OBRAS EN PREPARACION

Indumentaria Teatral. | Estética de la Música.

Galería de Actores Españoles.

DICCIONARIO

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO
DE EXTREMEÑOS ILUSTRES

POR DON NICOLÁS DIAZ Y PEREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá á luz por cuadernos de 40 páginas en folio español á dos columnas, buen papel y esmerada impresión. Irá ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados, de los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga lámina solo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscritores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupción en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 á 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores. Sres. Pérez y Boix, Madrid, Manzana, 21 y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta del Sol 6 y Carretas 39; D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo 2, Murillo, Alcalá y D. Leocadio López, Carmen 13,